

JULY 1979

R E L A T O S
D E
U N A
M U J E R
C O M Ú N

BÁRBARA ROIZ
NICARAGUA

WWW.RELATOSDEUNAMUJERCOMUN.COM

Índice

Mi Pequeño Mundo Caliente	6
Un Montón De Rincones Para Ser Feliz	8
Ellos Y Yo: La Familia Mis Hermanos	10
Ellos Y Yo: La Familia Mis Padres	13
Mi Amiga, La De Los Ojos Grandes	17
La Deliciosa Relación De La Filosofía Con Un Biberón	20
A Imagen Y Semejanza De Las Monjas	22
Y Se Lo Llevaron Preso	25
La Política Y Yo A Los Siete	28
El Niño Que Cruzó El Océano A Nado	31
El Miedo Tiene Olor Y Color	34
El Trabajo, Los Penecas Y El Chow Mein	37
Unos Extraños En Mi Casa	39
Cuando Los Espíritus Nos Visitaban	41
Esos Seres Incomprendidos	44
El Acoso, El Monstruo Cotidiano	46
El Negocio De Plantas	48
Ser Feliz Con Un Guerrillero Sin Sufrir En El Intento	50
¿Qué Tiene La Música?	53
Una Misión	55
Mi Amiga La Grande Y Mis Sandalias De Plataforma	57
Mataron A Pedro Joaquín	59
Empezó La Guerra	62
Madurada Con Carburo	65
El Triunfo	68
El Sueño, La Premonición Y La Realidad	70



Capítulo I

MI PEQUEÑO MUNDO CALIENTE

La infancia es ese territorio perdido al que sólo se entra por puertas secretas, como la puerta en el muro de H.G. Wells, disimulada por una enredadera carmesí, "que a través de una pared verdadera conducía a realidades inmortales..."

S. Ramírez

Me vi desde arriba -como dicen verse los que han estado al borde de la muerte- con un corte de pelo en forma de "guacalito", al estilo indígena yanomami, llevando un vestido a rayas celeste con blanco, de piqué, con el cuello en forma de babero cuadrado de tira bordada. Todo me picaba por la tela. Estaba con mi hermano Jacinto en la puerta de la casa de mis tíos cerca de la iglesia El Calvario de la vieja Managua de antes del terremoto del setenta y dos, con alboroto de gritos y música de fondo porque se celebraba la fiesta de boda de mi prima Melisa en la que dicen que llevé los anillos. Siguió en mi recuerdo otra escena de la misma película, en una acera de Managua, tomada de la mano de mi papá en espera de mi madre que llegaba de Costa Rica en un autobús de la empresa Tica Bus.

Los viajes a Managua me provocaban emociones intensas, que iniciaban con las infaltables náuseas que me producían el olor del cuero del vehículo y los árboles pasando a toda velocidad por la ventana trasera del carro. Sobrevivía al malestar después de pegar la cabeza contra mis piernas un rato y todo lo demás que estaba por llegar me causaba una ansiedad alegre: los ruidos de los carros, los olores extraños, los pantalones picosos de casimir que sentía cuando me sentaba en las piernas del hermano de mi mamá, el guapo y único tío Augusto; los caramelos para la tos de marca Pulmocalcio comidos sin restricción a escondidas en la farmacia de mi tía Lore, las tiendas llenas de cosas en las que mi mamá compraba la mercadería que luego vendía en nuestra tienda. Demasiados sucesos fuera de mi rutina, para pasar desapercibidos.

Nací en 1966 en un país convulso por circunstancias que arrastraron mi infancia a la velocidad del cauce de un río de Centroamérica en octubre. Vivía con mi familia en el Pacífico en una ciudad cercana al mar, caliente y dividida en barrios de distintas categorías. Los centrales formados por cuadras de casas construidas de taquezal, piedra o concreto, llevaban los nombres de las iglesias coloniales: El Calvario, Guadalupe, La Ermita... con sus amplias plazas que hacían de puntos de reunión para los paseos vespertinos de los niños en bicicleta, los bebés en sus cochecitos o para las parejas de enamorados que se sentaban bajo los árboles de malinche a disfrutar el canto y la lluvia de orines de las chicharras. Los barrios lejanos, con callejones de tierra, polvosos o lodosos dependiendo si era verano o invierno, con cuadras desordenadas formadas por casitas de paredes de zinc, de cartón, madera o de bloques de concreto sin pintar, en el mejor de los casos. Los repartos de casas bonitas y modernas en las afueras.

Había un parque central lleno de árboles de Laurel de la India, visitado frecuentemente por los borrachitos que pasaban días y noches en las bancas frías de cemento. En el centro, una estatua de

su eminencia erigida sobre un pedestal de piedra en medio de una pileta llena de agua sucia, saludaba a los visitantes, custodiada por dos cocodrilos solitarios que tomaban el sol a sus pies. El comando de La Guardia Nacional, daba el toque de realidad a todo el que transitara cerca de allí por necesidad. Una construcción con un par de torres de vigilancia, rodeada de un muro gris árido, adornado por pequeños agujeros cuadrados por donde se podía ver la cara de algún guardia en sus postas de vigilancia. Era entonces un pueblo lleno de almas tranquilas caminando entre la cotidianidad del polvo y el sudor.

La vida de la gente transcurría de manera diferente dependiendo de sus condiciones económicas, podía ser entre las calles y el mercado, entre las fincas y el comercio, de una fábrica desmotadora de algodón al colegio, o bien, entre el Country Club y Miami. Todos regidos por los convencionalismos coloniales y el concepto grande de amistad leal y solidaria en las urgencias de la vida. Todos a misa, a las velas y entierros de los difuntos, todos a las bodas, bautizados, dando la primera comunión, visitando a los bebés recién nacidos de las familias amigas, todos juzgando pecados ajenos y casi todos unidos en matrimonio religioso. Algunos amantes escondidos que se encontraban en los mediodías y llegaban a sus casas por las tardes donde sus esposas y esposos, muy tranquilos. Ciertos novios atrevidos, rompían las reglas de la apariencia. Vivían sin casarse o se escapaban del colegio a los quince años, para ir a contraer matrimonio donde el juez de un pueblito vecino que casaba a todo el que quisiera sin ningún impedimento.

¿Y vos, de quién sos hija? La infaltable pregunta que debía responder cuando llegaba a la casa de alguien que no me conocía. Era una época en que se hacían visitas improvisadas y se entablaban tertulias vespertinas sin protocolos previos. Y yo escuchando, observando y grabando cada acontecimiento sin perderme detalles, metida debajo de las nalgas de mi mama, desde la altura de mis setenta y cinco centímetros aproximadamente.



Capítulo II

UN MONTÓN DE RINCONES PARA SER FELIZ

Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo para mostrar al mundo cómo era su casa".

Bertolt Brecht

Nuestra casa fue construida por el abuelo con una de sus tantas habilidades. En ella viví hasta mi adolescencia y todavía sueño con ella casi todos los días. Parece por su estilo arquitectónico que la intención era hacerla colonial, con sus gigantes paredes pintadas de verde, los patios centrales, llena de cuartos, corredores y recovecos, pero que en la necesidad de ir ajustándola con presupuestos limitados, para hacerla más cómoda, más moderna y sobre todo para acomodar a la prole numerosa que crecía sin complicaciones, se cambió a un estilo amorfo carente de elegancia.

Estaba llena de espacios diferentes, en donde mi imaginación volaba sin más límites que los que mi abuela materna fallidamente preten-

día ejercer para controlarme. En sus corredores podía ser conductora acelerada de mi velocípedo que parqueaba con grandes estrategias entre el piano y la pared de la sala, sintiendo como mi cabello se movía con la velocidad y como la adrenalina fluía al arrancar desde el zaguán atravesándola desde la sala hasta llegar a estrellarme contra el lavadero de piedra que estaba al final de la casa.

A veces también era vendedora de la tienda, o doctora que preparaba medicinas en el consultorio médico de mi padre, porque en esa época mi papá mezclaba varios polvos de medicinas en agua hervida para preparar dosis para niños. De vez en cuando me desempeñaba como secretaria con la máquina de escribir gris, marca Olympia de la oficina de abogada de mi mamá, que aprendí a manejar practicando sola durante unas vacaciones, con un manual de mecanografía hasta alcanzar ochenta palabras por minuto. Cuando tenía instintos domésticos, era cocinera en una cocina de lata y hacía ensaladas con las hojas de las plantas del jardín de mi abuela Sol, a la cual no le hacía ninguna gracia mi preferencia por hacerme pinturas de labios con los capullos de las flores de avispa.

En la tienda, que había sido fundada por mi abuela muchos años antes de casarse, se ofrecía en venta un carnaval de cosas para una clientela que variaba, entre los campesinos jornaleros que hacían sus compras los fines de semana, cuando bajaban al pueblo a cobrar el pago de su semana de corte de algodón y llevarse un azulón, hasta las señoritas amigas de mi mamá que escogían de los figurines las hechuras y las telas para hacerse sus vestidos con las costureras que por encargo llegaban a pasar el día en sus casas, cosiendo para toda la familia. Telas y telas de todos los tipos que regresan del más allá con sus nombres, texturas y colores: tamino, lino, manta cruda, manta hindú, dacron, sinatex, poliéster, diolen, danriver, rayon, casimir

inglés, tafetán, seda, gabardina, dril, chifón, crepé, georgette, organ-dí, oxford, popelina, guipure, piqué y sus respectivos adornos de encajes, ribetes, tiras bordadas, cintas de mantequilla.

Cajas tras cajas de botones de hueso, carey, madera o metal, calcetines Red Point, vestidos de bebé granadinos o fajas Midenform, juguetes para regalos de piñatas o lociones Old Spice y talcos Maja, collares étnicos traídos de la India, cosméticos Helena Rubinstein, con todo y la chica modelo de cintura de avispa y caderas anchas, cabello negro, ojos grandes y dientes con rastros de haberse chupado el dedo, maquillada escandalosamente al estilo Cleopatra, que llegaba de vez en cuando a dar las instrucciones de uso. No cabe duda, esa era mi casa, allí sucedí y allí me engañé inmensamente, esa era mi casa detenida en el tiempo, como decía Benedetti.



Capítulo III

ELLOS Y YO: LA FAMILIA MIS HERMANOS

*Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía.*

Benedetti

Fui la quinta hija de una familia de siete. Nací con cinco años de diferencia entre cuatro hermanos mayores Martín, Edgar, Jacinto y Lola; cinco años después que yo nacieron dos hermanos menores, Ernesto y Esther. Mis hermanos mayores tenían un año de diferencia entre cada uno. Familiarmente se contaban también a José María y Carmen, los dos hijos no nacidos por embarazos fallidos de mi mama a quienes curiosamente se les dio nombre y espacio entre las memorias, como si mis padres supieran de la existencia de la teoría familiar sistémica de Karl Ludwig y pretendieran transparentar todas las vivencias, no dejar a nadie, ni nada oculto, al menos en este tema.

Mis hermanos grandes tenían entre sí ese vínculo típico que solo aprendí a identificar mucho después en mis propios hijos, de amor-odio-complicidad-tolerancia que se construye en esa cercanía insustituible de quienes viven y juegan juntos desde que nacen. Sé que me querían, cada uno con su estilo personal, pero lo cotidiano era que me ignoraran. Hasta la llegada de mi adolescencia fueron para mí casi como unos extraños que me provocaban la misma pena que me generaban los adultos. Obvio que los quería, pero como no me relacionaba fácilmente con los adultos, tampoco me relacionaba fácilmente con ellos. Salieron todos de la casa de uno en uno a vivir en otras ciudades para estudiar. Martín se fue desde que yo tenía cuatro años.

La diferencia de edades entre nosotros era lo suficientemente grande como para que no supiera lo que pensaban o sentían y ellos no supieran las ideas que siempre estaban cruzando por mi cabeza. Por una palabra que les decía, tenía quinientas pensadas que callaba. Era lo que me sucedía mucho con los mayores. Conocí hace unos años a una niña, que era la menor de sus hermanos y rondaba siempre a su madre en silencio. Todo el tiempo nos veía y escuchaba muy seria, mientras sus hermanos mayores y sus primos, sonreían, gritaban y conversaban. En ese sentido su personalidad me recordaba a mí misma. Me imaginaba que su pensamiento estaría llena de opiniones e ideas que no salían. Ahora es artista. Dibuja en grafito, rostros de expresiones duras, hiperrealistas y uno que otro sonriente o rostros perdidos de un mundo surrealista. No la he vuelto a ver.

Edgar, el segundo de mis hermanos, tenía una forma peculiar de demostrar su cariño haciendo como que no te quería. Me prestaba atención alguna vez y me daba una vuelta por la ciudad en bicicleta o me regalaba un dulce de leche que como privilegio no había escupido como hacía con todos los que compraba para que nadie le pidiera y le encantaba hacerme quedar en ridículo por las cosas que

yo decía. Siempre tuvo una habilidad especial para colaborar y resolver problemas prácticos de la casa, sabía cocinar y reparar todo lo que se descomponía. Es inteligente y de los que hace presencia inmediata para apoyar a la familia en las emergencias médicas. Se fue a los Estados Unidos cuando se bachilleró para aprender inglés y me escribía diciendo que si llegaba a las cuarenta libras de peso me traería un gran regalo cuando volviera. Regresó y no las había alcanzado. De todas formas me trajo el regalo.

Lola, mi hermana mayor me llevaba a veces a visitar la casa de sus amigas, a pasear y me permitía estar metida en sus pláticas. Me divertía viendo a sus amigas suspirar por Martín, mi hermano mayor, cuando llegaban a nuestra casa. También me permitía acostarme con ella en mis noches de pesadillas. Dormíamos en el mismo cuarto que nos construyeron cuando llegó el otro, el hermanito que nació después. Somos distintas pero marcadas por la característica de sentirnos responsables de todo lo que sucede en nuestro universo inmediato, es capaz de compartir espontáneamente todo.

En nuestro cuarto, su cama y su clóset estaban ordenadísimos y lo mío la mayor parte del tiempo estaba desastroso. Siempre andaba nítidamente vestida con la ropa que nos hacía mi mamá, mientras yo vestía de shorts y camisetas porque me picaban las telas. Su pelo estaba bajo control con la práctica de entrabados chinos que se hacía, mientras mi cabeza insistía en estar desastrosamente "charraluda". Lo más gráfico en las diferencias era el respaldo de madera de mi cama lleno de recortes de las figuritas de la colección creada por Kim Casali, "Amor es..." con los mensajes románticos de los dos muñequitos desnudos y dulces que se decían cosas que me hacían suspirar y a ella la ponía loca que estuviese arruinando la madera pegándolos. La veía linda y tranquila. Tenerla cerca me hacía sentir acompañada y protegida.

El día que nació Ernesto yo tenía cinco años y todos los que nos visitaban insistían en que después de haber sido “única” durante tanto tiempo, el bebé me había “botado de la silla”, expresión que se dice de un recién nacido que desplaza al hermano anterior. Me generó mucha ansiedad ver salir a mi mamá temprano para tener al bebé y no poder estar cerca de ella hasta que llegó Lola del colegio, me tomó de la mano y salimos corriendo hacia el hospital. Fueron sensaciones encontradas, por un lado la angustia que me produjo ver a mi mami decir incoherencias bajo los efectos de las anestesias aquellas que hacían alucinar a las personas y por otro, la emoción que sentí por el bebote bonito, listo para portada de revista y para dejarse cuidar por mí. Me gustaba oírlo hablar y ver sus cambios de humor que pasaban de la alegría extrema a la malacrianza y el drama. Es un tipo genial. Pasó de ser un infante terrible que rompía todas las reglas de buena conducta a un hombre infinitamente trabajador, divertido y sensible.

Esther es mi última hermana, singular y extrovertida, que vivía como para el espectáculo, haciendo y diciendo siempre cosas ingeniosas y divertidas. Nació cuando mi mama había pasado la raya de los cuarenta, siete años después que yo. Una beba hermosa que traía el gen de las decisiones firmes bien arraigado y la sonrisa para lograr cualquier cosa. Bailaba y bailaba con todo lo que sonara a ritmo, decía que sería bailarina clásica y me encantaban sus particulares expresiones de amor, es dueña absoluta de la habilidad de ser feliz, reinventarse y adaptarse. Repitiendo el ciclo, para Ernesto y Esther supongo que también fui ajena y sentirán que los ignoré hasta que fueron adolescentes, como hicieron conmigo los mayores. Mis hermanas y yo nos hicimos amigas cuando crecimos.

Ninguna novedad es que diga aquí que mis hermanos no desaprovechaban nunca la oportunidad de molestarme. Todos los hermanos

mayores hacen lo mismo. Como hicieron el día que encontraron un papelito que escribí cuando tenía seis años, para el muchacho electricista a quien veía igualito a Alberto Cortés. Por cierto feo él y feo Alberto Cortés. De pronto los vi a todos riendo, Martín se subió en una silla frente al aparato de televisión y empezó a leer mi carta con voz melodiosa y burlona, como declamando un poema. El papelito era una declaración de amor prediciendo nuestro matrimonio lleno de muchos hijitos, a nivel de Susanita de Mafalda. Él leía y leía a grito partido y yo gritaba y gritaba queriendo que la tierra me tragara, entre sus risas. Mi mamá haciendo el esfuerzo por no reírse junto con ellos me abrazaba y decía mientras tanto que sería una linda mujer y una linda mamá-. Fue claro mi gusto y el de mis amigas por el sexo opuesto y la maternidad desde muy atrás.

De Jacinto y Martín les contaré otro día. Martín se hizo guerrillero.

JULY



ELLOS Y YO: LA FAMILIA MIS PADRES

IV



Capítulo IV

ELLOS Y YO: LA FAMILIA MIS PADRES

Cuando pienso en mi papá y mi mamá evoco a dos personas abiertas a cosas diferentes e ideas nuevas, que a veces eran arrastrados por un remolino imaginario que los regresaba a sus raíces conservadoras y ellos luchaban y luchaban para salir y avanzar. Creo que la mayoría de las veces salían victoriosos. Mi yo niña veía a dos seres maravillosos y perfectos. Eran una mezcla misteriosa que nunca

terminaré de descifrar por lo que no pregunté o por lo que no compartieron conmigo, llenos de cuentos familiares que llegaron incompletos o que nunca llegaron a mí.

Mi mama fue hija única de una pareja que se había casado después de sus treinta años de edad, cosa no muy común para la época, criada en un internado de monjas francesas y españolas, en el cual decía que pasaba más alegre que en su casa porque era más libre, insistiendo en que no era porque se la pasara mal en su casa pero que las monjas la dejaban hacer más cosas que la abuela y el abuelo. Tuvo

otra hermana y un hermano mayores hijos de mi abuelo. De ambos solo conocimos al tío Augusto y de él no conocimos que tuviese hijos. Historias incompletas que nos dejaron sin más tíos y más primos, haciéndome sentir envidiosa de mis amigas que tenían esa extensión de hermanos que iban al mismo colegio y con quienes compartían sus fines de semana.

Ante mis ojos, mi mami era una gigante, un “mujerón”. Después supe que físicamente era tan pequeñita como yo sería siempre, pero efectivamente era grande en todo lo demás. Olía rico, bonita, alegre e inteligente, trabajadora y positiva. Con una personalidad que era una mezcla especial de ideas de avanzada, que la hicieron romper estereotipos como estudiar en la universidad y escoger para compañero de vida a un hombre que le llevaba algunos años y la más conservadora del pueblo si de enseñar el ombligo con una blusa se tratara o de perder la virginidad antes del matrimonio se hablara. Su fase más conservadora la padeció Lola porque le tocó despuntar como hija adolescente.

Cuando llegué a mi adolescencia, época que no es parte de este relato, me tocaron unos padres más resignados a los cambios de los tiempos y al arrastre de la revolución. No pretendieron imponer conductas sin razonamiento lógico. Aun así mi mamá intentando alertarme de los peligros de la vida, me dijo un día que me preparaba para un viaje a la playa, que ni Santa Teresita de Jesús sobreviviría las tentaciones en una noche estrellada a la orilla del mar. Y yo pensando para entonces que si Santa Teresita se sentaba a los dieciocho años, a la orilla del mar, en una noche estrellada, acompañada, sería porque las tentaciones a ella no le incomodaban y no estaría pretendiendo sobrevivirlas.

Al final de cuentas, mi mama fue mi heroína, me encantaba verla conversando sobre cualquier cosa en tantos ambientes, tomando

decisiones todo el tiempo, aunque me sofocaba su manía de ponerme nerviosa cuando estaba haciendo cheques, diciendo sin parar: “¡Estoy sobregirada, estoy sobregirada!”. Cuando viajábamos a la playa la veía como una intrépida nadadora que no le temía a las olas y que además manejaba técnicas especiales para tomarlas sin que nos hicieran daño, casi como envuelta en un disfraz de super chica. Debe haber sido producto de la suerte y de mi imaginación pero me pasaba que cuando no estaba con ella me llevaban las corrientes casi al ahogo dando vueltas sin control hasta que terminaba arrastrada y tirada en la orilla.

Mi papá, como compañero de vida y para su época, también era diferente. La respetaba como igual en los asuntos sustantivos de la vida, su independencia, sus espacios, su forma de ser y su pensamiento. Cómодamente la dejaba asumir las decisiones cotidianas, manejar todo el dinero familiar y nos cuidaba. Verlos caminando, mi papa con su brazo doblado que ella tomaba, era una imagen de amor que se podía apreciar a lo lejos desde donde vinieran y que permitía identificarlos sin dificultad. Remotamente los oía discutir y cuando lo hacían me parecía tan similar la escena a un capítulo del pato Lucas en la corte, cuando su esposa pata lo llevó ante el juez Porky, por haber perdido el huevo que lo había dejado empollando, aunque la de mis padres era una discusión menos violenta. Mi mamá diciendo cosas enojada pero menos pleitista que doña pata y mi papa decía algo concreto y después no contestaba más, ella seguía diciendo cosas sin parar y él tranquilo sin decir nada más. Parecía que eso aumentaba su enojo. Entonces entraba yo, repitiendo lo mismo que decía a gritos la pata esposa del pato Lucas, en el mismo tono: “¡Exijo el divorcio, exijo el divorcio!”. Me miraban, se reían y la discusión se terminaba.

Mi papa tenía una apariencia parecida a Agustín Lara y todas las mañanas ponía música clásica en el tocadiscos RCA Victor mien-

tras desayunaba. Escogiendo entre su colección de long plays que lavaba y limpiaba con parsimonia y disciplina, pudo que les permitió sobrevivir durante muchas décadas hasta que el destino los hizo quedar tirados en la acera de una casa después de una mudanza, sin que ninguno de nosotros lo supiera y pudiera hacer nada por recuperarlos. Tenía con él una relación más pausada que con mi mama, con ella aprendí a hacer cosas, oía sus conversaciones de todo tipo y discutíamos tanto sobre puntos concretos de mi comportamiento y de la vida en general.

Con él, el tiempo transcurría más lento que con mi mama, en espacios de plática y reflexiones, lo acompañaba tomada de la mano a visitar a sus pacientes al hospital, en el trayecto conversábamos de lo que veíamos y luego lo esperaba en el patio del hospital, viendo la pila de ranas que utilizaban para hacer las pruebas de embarazos. Estas pruebas se hacían inyectando la orina de la mujer bajo la piel de la rana. Si la mujer estaba embarazada, su orina debía contener una hormona que se llama GCH (Gonadotropina Coriónica Humana) que estimulaba la ovulación de la rana y si ésta desovaba en un día, el resultado del embarazo era positivo. No entendí nunca qué hacía posible que funcionara la prueba.

Nos sentábamos en la acera de nuestra casa por las tardes a tomar el fresco mientras se ponía el sol, conversando y haciéndonos un juego con un rollito de papel que él pasaba por mi bigote haciéndome cosquillas y yo se lo pasaba por su bigote haciéndole cosquillas además de hacer colitas con su pelo liso y cano mientras hablábamos y él leía o intentaba leer, me explicaba las enfermedades, las partes del cuerpo, los avances de medicinas que estudiaba como parte de ese espacio de la tarde. Así aprendí pronto en gráficos de un libro de embriología, cómo los hombres producían unas semillitas que se llamaban espermatozoides y las mujeres producían óvulos que se juntaban en el útero para formar bebés.

Conocía lo que pasaba en cada mes del embarazo pero nunca supe cómo llegaban los espermatozoides a juntarse con los óvulos. No recuerdo haberlo escuchado, ni recuerdo haberlo preguntado. De manera que fue susto grande el que me llevé cuando me enteré varios años después de los detalles y pormenores de ese proceso y mi mente rechazaba la idea perversa de imaginar a mi papa y a mi mama haciéndolo. Supe cómo se hacía, viendo una revista pornográfica que una vecina, hija de la señora de la pulperia donde compraba caramelos, había robado a su hermano mayor. Realmente me sorprendí. ¡Uggghh! ¡Qué terrible sería hacer eso!

Pienso que mi familia no era común. Habitábamos un promedio de once personas, entre adultos, jóvenes y niños de los cuales nueve formábamos el núcleo de nuestros padres con nosotros. Había muchas personas moviéndose todo el día en los ambientes de la casa y sobraban las charlas de todos los tipos y gustos. Entre los adultos de la época estaba el tío José, hermano de mi abuelo, un solterón que había vivido con mis abuelos desde que se habían casado, junto con una hermana de mi abuela también soltera. No sabré cómo habrán llevado esa vida casera tantos adultos en una misma casa.

El tío José murió como de ochenta y cinco años y me enseñó a leer y a escribir a los cuatro años. Dedicaba buena parte de su tiempo a jugar chalupa conmigo o a leerme cuentos y periódicos mientras lo acompañaba a estar sentado en un banco en la puerta de la tienda. Otra parte de su tiempo lo dedicaba a enamorar muchachas al pasar. Sus funciones principales eran controlar la venta de la lotería e instalar los fines de semana una “tijera” o cama armable de lona en la acera de la tienda, en la que se exhibían y se vendían directamente los productos que los campesinos compraban mientras bajaban a cobrar su pago por el corte de algodón. Armar y desarmar esa “truca” colocando cada cosa en orden, me encantaba.

En la época de Navidad hacíamos algo parecido dentro de la tienda, instalábamos unas tablas gigantes sostenidas por caballetes de madera que se forraban en tela de satén rojo quedando como una mesa gigante y colocábamos sobre ella todos los juguetes que llegaban especialmente para ese tiempo. A nosotros nos correspondían como regalos navideños algunos de los que se habían arruinado por algún motivo, pero igual los disfrutábamos. En esos días la tienda se cerraba a las diez de la noche y todos vendíamos y empacábamos regalos. La noche de Navidad me iba a dormir y me despertaba cuando habían regresado de la misa de El Gallo a la media noche. Abríamos los regalos que estaban colocados alrededor del nacimiento que habíamos arreglado con mi mamá y cenábamos. Nunca creí que el niño Dios traía los regalos. Supongo que era demasiado riesgo para mis padres intentar hacerme creer ese cuento, con cuatro hermanos mayores que se encargarían sin tapujos de hacerme saber lo contrario.

En mi casa era obligatorio ir a misa los domingos. Generalmente íbamos a la parroquia cercana e intentaba en vano, por un rato, concentrarme para entender los discursos indescifrables y abstractos del párroco. Después me dedicaba a imaginar los pensamientos que tenían las imágenes gigantes de Jesucristo y los santos. Un domingo cuando tenía cinco años, llegó a impartir circunstancialmente la misa otro sacerdote, el padre Logo, amigo y visitante asiduo de mi casa por afinidades políticas. Decidí entonces que haría la primera comunión y me levanté a comulgar sin mediar palabra detrás de mi papá, que hacía la fila sin enterarse de mi presencia. Lo hice atendida a la confianza que me unía con el cura Logo, a quien tenía que aguantarle siempre la costumbre de levantar mi mandíbula incesantemente con su puño cerrado, haciendo tronar mis dientes en un juego que nunca me resultó agradable y que no me atrevía a evadir.

Él me vio sabiendo que no tenía la edad acostumbrada, ni preparación previa y sin ningún problema me dio de comulgar conven-

cido, según dijo después, de que estaba más que lista para eso. Más convencido que yo porque solo recuerdo la curiosidad de saber qué se sentía en ese momento misterioso en que todo el mundo ponía una cara extraña y por probar el sabor de la hostia. Un par de años después hice el proceso formal en segundo grado con las respectivas clases de catecismo, vestido largo y todo lo demás. Unos días antes de la ceremonia oficial me confesé con otro padre que llegaba a mi colegio a impartir las misas, joven, guapo y para variar también asiduo visitante de mi casa. Es la primera y única vez que lo hice, convencida de lo mundano de ese evento después de escuchar al cura en mi casa contándole a mi mama mis supuestos pecados muerto de risa. Lo que él no sabía, es que no le había dicho todo lo que yo pensaba que eran mis pecados, pero igual, eran tan graves como haberle sacado a mi abuela veinticinco centavos del monedero que guardaba en la bolsa de su vestido, mientras ella dormía la siesta en una silla mecedora.



Capítulo V

MI AMIGA, LA DE LOS OJOS GRANDES

Mi vecina de enfrente, María José, era tres años mayor que yo, la más pequeña de una gran familia de hermanos y hermanas, vecinos y amigos de siempre de mi familia, una de mis grandes amigas de esos tiempos, la única con la que compartí cosas que no se podían compartir con todo el mundo. Era una niña con el pelo lacio de color negro intenso, igual al color de sus grandes ojos, a los cuales en

la adolescencia dispuso echar una gotita de limón diario porque alguien le dijo que los haría lucir más brillantes. Fuerte, extrovertida, generosa y sociable, competitiva y malhumorada de vez en cuando, particularmente con sus hermanos, con quienes peleaba y discutía todo el tiempo. Ejercía una gran influencia sobre mí, me hacía falta y pasábamos cualquier cantidad de tiempo juntas. Una vez nos peleamos no sé por qué, pero sí sé que fue porque no quise hacer algo que ella quería.

Pasamos sin hablarnos un tiempo que para mí fue infinito. Hasta que el día en que murió el tío José decidió hablarle de nuevo. Para

entonces yo tenía seis años. Llegó a la vela en la sala de mi casa para acompañarme y reírse. Cada vez que estaba nerviosa se reía y eso le sucedía en casi todas las velas. Sus ideas complementadas con las mías que yo complementaba y ejecutábamos, eran extravagancias que podrían ser consideradas de niñas con un futuro casi delincuencial por los psicólogos de estos tiempos. Literalmente “travesuras” de acuerdo con la definición de la Real Academia Española: “Acción maligna e ingeniosa y de poca importancia, especialmente hecha por niños”.

La casa de María José era de corredores, con un muro que la dividía por el patio en dos. En una mitad vivía su familia y en la otra su tío tenía un negocio de venta de llantas y baterías para autos marca “Hasbani”. Calculo que era al menos de cincuenta metros de fondo y con tres patios. El primero, con un árbol de jícaro, alrededor del cual se orinaba porque le daba pereza llegar hasta el baño al final de la casa. El segundo patio era en donde se colgaba la ropa. El traspatio era el más grande, quedaba detrás de la cocina y se accedía a él por una pequeña puerta que cuando cerrábamos detrás de nosotros nos dejaba en un mundo propio, con un árbol de guayaba al que nos subíamos para pasar el tiempo y conversar comiéndonos todas las frutas que producía. Con una que otra muñeca vieja tirada que nos veía desnuda, con su ojo tuerto y el pelo tieso, añorando mejores épocas.

En el vecindario habíamos al menos siete niñas y tres niños que nos reuníamos con frecuencia a jugar durante las vacaciones del colegio casi todo el día, interrumpiendo la jornada por los almuerzos y las cenas en nuestras casas. Me moría por la comida de la casa de la María José. Hacían los frijoles y el plátano maduro de una forma diferente a la mía que me fascinaba, de vez en cuando nos auto invitábamos a comer en ambas casas.

Entre las cosas que hacíamos con más frecuencia era jugar jacks,

cero escondido, la gallina ciega, Nerón Nerón, el mundo al revés, contarnos cuentos de miedo y jugar a la botellita con beso y todo para el chavalo que nos gustaba. Los mejores juegos eran aquellos en que sentía toda mi energía subir al ritmo de la emoción por la intensidad del viento o de la competencia, como andar en bicicleta en una calle vacía a toda velocidad, o brincar la cuerda, cuando era girada a mil revoluciones por minuto por otras dos niñas desde sus extremos, para entrar dentro del ciclo del giro sin pisarla, tomarla al cálculo y saltar, saltar, saltar, mientras aumentaban la velocidad, hasta volver a salir sin tropezar. Mis rodillas tenían permanentemente heridas y cicatrices. Las veía tan manchadas y feas que pensaba que de adulta estarían igual.

Se acercaba el cumpleaños nueve de María José y no podría tener fiesta organizada por sus padres, pero ambas decidimos que sí la tendría y nos dispusimos a prepararla con nuestros ahorros. Compramos cartulina e hicimos invitaciones y las repartimos en el vecindario. Compramos una bolsita de caramelos y una tinaja que decoramos con papelillo al único estilo que sabíamos hacer, cortándolo en flecos. Pegamos con almidón alrededor de la tinaja una fila de un color, encima de otro de diferente color, hasta que quedó cubierta la tinaja completamente con muchos flequitos de colores. Como nuestro escaso presupuesto solo alcanzó para eso, María José decidió agregarle emoción a la piñata metiéndole un garrobo del traspatio -no sé quién lo capturó y lo metió en la tinaja- e hicimos un pastel o queque enorme de lodo al que pusimos una candela en el centro. Llegaron todos nuestros amigos y amigas del vecindario. Disfrutamos el alboroto y el susto de la caída del garrobo en medio de nosotros cuando se quebró la piñata, excepto un par de niñas hijas de los dueños de una farmacia cercana, quienes iban vestidas con sus trajes de vuelos, perfumadas, peinadas de colochos y con su regalo. Se sintieron estafadas y se querían ir con todo y el regalo pero no las dejamos, les dijimos que lo que se regala no se quita.

Uno de los vecinos era muy guapo y lo fue hasta que creció, al menos para mi gusto dejó de ser tan bonito como cuando estaba chiquito, pero para entonces nos traía a todas de cabeza. Y si le sumamos que tenía una mini moto, el panorama de su atractivo por la imagen de grande que nos causaba queda todavía más claro. Mi timidez nunca me permitió hablarle aunque con frecuencia jugáramos juntos en el mismo grupo. La verdad es que no recuerdo haberle hablado nunca a ningún niño, creo que era una especie de Raj, el hindú de la serie The Big Bang Theory, quien al contrario no puede hablarle a las mujeres. No estaba familiarizada con los niños porque estudié en un colegio de mujeres hasta tercer año de secundaria y mis hermanos eran demasiado mayores. Me sentía insignificante cuando era niña, pero por suerte la percepción de mí misma cambió mucho desde mi adolescencia.

Un día decidimos planear el secuestro del susodicho niño para besarlo toditas. El plan era llevarlo a un cuarto de la casa de María José con la excusa de jugar a la casa de los sustos, lo vendaríamos y lo besaríamos apasionadamente cada una. El día que ejecutaríamos el plan muy puntuales todas a la hora acordada después de la cena nos reunimos, lo llamamos, él llegó, pero nuestro valor no dio a más y hasta allí llegamos todas las enamoradas acobardadas.



Capítulo VI

LA DELICIOSA RELACIÓN DE LA FILOSOFÍA CON UN BIBERÓN

Mi tamaño me hacía parecer al menos dos años menor, a los seis parecía de cuatro, de ocho parecía de seis, de doce parecía de diez. Así fue siempre hasta que empezó a suceder lo contrario a los treinta y dos y empecé a parecer de treinta y cinco. Andaba, con mis piernas manchadas de piquetes de zancudos, aparentando menos edad,

mientras en mi cabeza despeinada, mis pensamientos daban vueltas todo el día. ¿Qué haría cuando fuera grande? ¿Sería maestra? Me gustaba la idea porque me imaginaba mandando y regañando a los niños que no hicieran bien las tareas. ¿O sería médico? Sí. Sería médico y curaría a la gente, pero no operaría como lo hacía mi papa porque me daba asco pensar en una panza abierta. Iba a ser bonito curar bebés. ¿A lo mejor a los mismos que después regañaría cuando estuvieran en clase y no me obedecieran? Abogada, como mi madre noería nunca.

¿Me iba a casar? Claro que me casaría y tendría muchos niños. ¿Cómo sería mi esposo? Viendo las fotos del anuario de bachillerato de Martín revisaba a sus compañeros del colegio y escogía, podría ser moreno, pelo negro y colacho. ¿Qué pasaría si mi papa y mi mama se murieran? Sería horrible, mejor no pensar en eso. ¿Cómo sería mi casa? Podría ser pequeña, con habitaciones grandes, con la sala por acá y un patio en el interior. ¿Sería mejor grande? No, no me gustaría una casa grande. Mejor las dibujaba para decidirlo. Un papel, otro papel, otro más, llenos de dibujos de planos imaginarios, figuras geométricas y casas. ¿Por qué pasan cosas feas y Dios deja que pasen? ¿Sería que no se da cuenta realmente de todo?

Quiero tener el pelo largo. ¿Por qué mi mama no me deja tener el pelo largo? Ya sé, no me gusta peinarme. ¿Por qué me da miedo la oscuridad? ¿Intento quedarme dormida sin luz? ¿Sería que los pobres sienten menos? ¿Cómo pueden vivir sufriendo tanto por lo malo que les pasa todo el tiempo? Yo no podría vivir con tantas cosas feas, debería ser que no sienten igual. ¿Por qué me dolería tanto la panza? ¿Me tiro un pedito y me siento mejor? ¿Por qué no me funciona contar ovejas para dormirme? Cuando sea grande no voy a usar vestidos, no me gustan.

Los momentos favoritos para pensar transcurrían mientras tomaba mis pachas de leche de vaca, recién ordeñada y hervida que traían de una finca cercana y compraban en la mañana en mi casa. Tomé biberón hasta cuando cumplí ocho y mientras lo hacía me enrollaba un mechón de cabello con mi dedo índice. Bebía al menos cinco veces al día y por ende comía muy poco. Consecuencia natural del consumo de leche pura, me tiraba gases en exageración y mis hermanos me pusieron de sobrenombré la “minimoto”. No me tiraba gases delante de extraños y tampoco tomaba pacha en públi-

co. Desde mañana me duermo con la luz apagada y así fue. Desde que cumplía ocho no vuelvo a beber pacha y así fue. Desde mañana fueron muchas decisiones cumplidas. A veces le tengo miedo a mis decisiones para empezar mañana, porque cuando llegan, llegan casi seguro para ser cumplidas para siempre.



VII

A IMAGEN Y SEMEJANZA DE LAS MONJAS



"¿NO LES DA VERGÜENZA?
¡USTEDES, GRANDES Y
VIEJAS, QUE VENGA UNA
SEGUNDO GRADO
EN ESTO!"

Capítulo VII

A IMAGEN Y SEMEJANZA DE LAS MONJAS

Tienen que traer de tarea un cuento elaborado por ustedes, dijo mi profesora de primer grado, con su voz fuerte y su porte grandote. Pasé toda la tarde escribiendo y dibujando en las cuatro páginas del pliego del "papel de oficio", un papel a rayas de tamaño legal de dos hojas unidas entre sí que vendían en ese tiempo. Escribí un cuento que se llamaba "la niña que quería ser monja" y trataba de una niña

muy pobre que quería ser monja pero por su pobreza no podía, o sea, era una historia perfecta de "cepillada" sin intención. El cuento les encantó a las monjas, llamaron a mi mamá para contarle y la madre Martha, la directora, me llevó a su temida oficina, abrió una gaveta de su escritorio y me dijo que escogiera todos los caramelos que quisiera de un montón de bolsas que tenía guardadas.

Mi vida giraba en mundos paralelos en los que hacía cosas totalmente distintas que involucraban a personas de varios tipos y en las que mi personalidad expresaba facetas diferentes. Mi casa, el vecindario y después el colegio. Con las monjas me llevaba bien, era tranquila y buena alumna. Con mis compañeras era tímida pero con re-

laciones normales, aunque algunas me imagino que me verían como una “nerdita” insopportable, de esas que molestan porque hacen todo bien y no se meten en problemas, pero yo sentía que andaba un mundo de secretos en mi interior que no podía compartir, que me hacía percibirme mayor a ellas y por eso estaba obligada a ser seria.

A veces ni sabía por qué sucedían las cosas en el colegio. Como el día en que la madre Rosario con su hábito gris y su enorme presencia, se paró en la puerta de mi aula de segundo grado y me dijo: “Sal del aula y sígueme”. Era una viejita española, gordita, temida y enojona que me daba clases de catecismo y en secundaria impartía gramática. Caminé detrás de ella por todo el pabellón de primaria y atravesamos medio colegio hasta llegar a la secundaria. Me llevó al aula de segundo año de secundaria, en donde estudiaba mi hermana mayor y me dijo autoritaria que respondiera sus preguntas sobre el catecismo. Sin entender nada, respondía lo que me preguntaba en un escenario extraño para mí, sus alumnas me veían mientras tanto y yo obedeciendo. Hasta que detuvo el interrogatorio público e increpando y escupiendo, como solía pasarle cuando se enojaba, les empezó a decir: “¿No les da vergüenza? ¡Ustedes, grandes y viejas, que venga una niña de segundo grado a enseñarles el catecismo!”. Y para rematar mi desconcierto, todas se rieron a carcajadas, con ese aire retador, de dizque adultas, que se respira cuando uno inicia la secundaria. Y yo con mis siete años, entre apenada y orgullosa esperé que me mandaran de regreso a mi aula.

Y siguieron pasando cosas que no buscaba. Después de una tarea de elaboración de unos ensayos, me escogieron para representar al colegio en un concurso municipal de redacción y también gané el concurso departamental. Me dieron un premio en la plaza de una iglesia cercana a mi casa en el acto del desfile del día de la Independencia, que me lo entregó el Comandante de La Guardia, tengo una foto del momento en la que veo resaltar mi nariz respingona y

una pancita que me persigue todavía en las fotos de adulta. También me gustaba mucho pintar y recibía clases. Gané algunos premios en concursos, incluyendo una mención especial en un concurso infantil de la UNESCO sobre Venecia, a puras fotos porque todavía no conozco esa ciudad. La pintura premiada eran unas góndolas ancladas una tras otra en un canal al atardecer, de colores negros y verdosos, una pintura triste y simple. La última que imaginaría ganadora.

Mis amigas más cercanas del colegio tenían personalidades parecidas a la mía, tímidas, tranquilas. Nos quedábamos a dormir juntas de vez en cuando, salíamos en paseos a la playa con sus padres, celebrábamos los cumpleaños, estudiábamos y veíamos Chespirito -la primera vez que lo ví en colores fue en un aparato de televisión recién comprado en la casa de mi amiga Guadalupe-. Con algunas, las relaciones fueron duraderas, pero aparecían otras a partir de los intereses del momento. Había rachas de deportista en las que jugaba kick ball y me juntaba con las que hacían lo mismo o rachas de fresca en que me juntaba con las relajadas, pero siempre regresaba a las inteligentes y tranquilas que eran las amigas de verdad y mientras tanto a María José no la sustituía. Tenía también una amiga en Masaaya y me iba a pasar vacaciones en su casa y otra en Boaco, prima de María José, con la que me escribía cartas y a la cual visitábamos a veces.

En la Navidad de tercer grado mi madrina me regaló una guitarra que era casi de mi tamaño. Aprendí con un profesor que por las noches formaba parte de un trío tocando en bares. El primer día que llegó, él me colocaba la guitarra hacia un lado y yo la volteaba para el lado contrario. Nos tardamos unos minutos en concluir que así estaba más cómoda porque soy zurda. Cambió todas las cuerdas para poder usarla. Me enseñó a tocar todas las canciones de amor que se contratan para las serenatas nocturnas. Decía que con esas se aprendía a tocar guitarra de verdad, con arpegios y no con ritmos

“charranga changa”. Aburrida de “Tres regalos”, “El candado”, “El Reloj” y “Perfidia”, que eran un repertorio solo para tocarlo escondida en el baño de mi cuarto o entre las amigas de mi abuela, por fin me enseñó las canciones de Carlos Mejía Godoy. Yo me soñaba tocando algo así como “Los sonidos del silencio” de Simon and Gurfunkel, o al menos una canción de Mocedades y no pasaba de “un candado tiene el corazón...”

Mi máxima expresión de rebeldía en toda la primaria, fue haber sacado cinco en conducta en sexto grado en el año setenta y siete, por estar comiendo goma de mascar. Parecía que algo había empezado a transformarse sin que yo me diera cuenta.

VIII

LA PRENSA

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA MAÑANA

Único Matutino con Circulación Certificada por la Sociedad Interamericana de Prensa



Y S E L O
L L E V A R O N
P R E S O



Capítulo VIII

Y SE LO LLEVARON PRESO

*"No puede conmigo la tristeza
la arrastro hacia la vida
y se evapora..."*

Claribel Alegría

Antes de esos diminutos cambios de mi comportamiento, en el setenta y cinco, La Guardia se llevó preso a mi papá por razones políticas, acusado de ser colaborador del Frente Sandinista. Ese año cambiaron a la directora de primaria de mi colegio y nombraron a una monja nueva, la madre Gloria, atípica, despampanante, con unas nalgotas enormes que lucía en pantalones de diolén, una cabellera castaña exuberante al estilo Farrah Fawcett y con una boca como la de Angelina Jolie. Supe después que los padres de familia gozosamente la admiraban y fue una época de buena convocatoria masculina en las reuniones de primaria.

El Frente Sandinista era una organización clandestina y armada, que había nacido a inicio de los años sesenta, como seguidora de Sandino, con el objeto de derrotar a Somoza. En esa época nadie sabía cuántos eran sus miembros y muchos de ellos vivían escondidos, en casas de seguridad en la mayoría de los casos, algunos en las montañas y otros en las ciudades. Normalmente cuando alguien se integraba colaboraba haciendo trabajos conspirativos de distintos tipos, pero seguía haciendo sus actividades personales cotidianas de estudio o trabajo. Hasta que generalmente por razones de seguridad cuando ya estaba demasiado “quemado” o identificado por La Guardia, se pasaba a la clandestinidad en otra ciudad. Aunque también pasaban a la clandestinidad cuando era necesario que se entrenaran militarmente o asumieran mayores responsabilidades.

Efectivamente mi papá y casi toda la familia, colaboraban con el Frente. Fue difícil ese periodo en que estuvo preso, el cual creo duró poco más de un mes. Desde que se lo llevaron sentía un hoyo en mi estómago y una presión en mi pecho que no me dejaba respirar bien. Habíamos pasado esperando un par de semanas que llegara La Guardia a buscarlo porque habían capturado a un miembro del Frente, quien por las torturas extremas había delatado muchas cosas internas de la organización y a muchas personas, entre ellas, que nuestra casa era casa de seguridad, así como la de otras personas en mi ciudad.

Fueron días de suspense, no se sabía cuándo llegarían a traerlo preso, hasta que aparecieron de pronto. Llegaron a golpear las puertas de mi casa a la una de la tarde, hora en que hay poca gente por la calle. Extrañamente se presentaron en el carro del comandante de La Guardia y no en un jeep “Becat” de los que utilizaban. Mi papá no me dejó salir, se despidió rápidamente con un beso y salió al encuentro de quienes lo esperaban. Subí en unas gradas que había en el jardín, en donde estaba un árbol de mango que él sembró unos

años antes y desde donde podía ver mejor hacia la calle. Allí vi a los guardias y a mi papá despedirse de mi mami, portando consigo un maletín de médico en el que llevaba sus pastillas de uso personal. El hecho de que llegaran en un carro privado, mi padre lo interpretó como un gesto del dueño del vehículo por haber atendido en una ocasión a su hijo enfermo. Hasta allí llegaba lo que ese jefe de La Guardia podía hacer por él, porque todos los capturados fueron enviados a Managua y trasladados a la cárcel “Modelo”.

Mientras tanto, me levantaba todos los días de la cama sin haber dormido mucho, pensando en mi padre y su suerte. Me despertaba de pronto con esas ganas que todos tenemos cuando algo muy feo está pasando, deseando que todo fuera un sueño. Mi estómago se volvía a estremecer cuando recordaba que no lo era. Me iba al colegio y al entrar en mi aula de clases se sentía la tensión de mi situación extraña y diferente. Mis amigas seguían haciendo todo con normalidad, intentando hacerme sentir bien, pero una de tantas mañanas, de pronto, una chavala de familia somocista, que había llegado a estudiar al colegio después del terremoto, veinte libras más de peso y medio metro adicional de tamaño que yo, me increpó y se burló de mí diciéndome: “¡Qué alegre que se llevaron preso a tu papá porque es un comunista!”. Salté como una diabla en una discusión política que por desgracia tuve capacidad de sostener a mis nueve años, diferenciando lo que en ese momento entendía entre ser un comunista y ser un anti somocista como mi papá, entre otras cosas porque mi papá creía en Dios. Pensaba en los comunistas como niños que Somoza desestimaba en la tele cada vez que podía, cuando se refería a algún muerto perteneciente al Frente que había matado La Guardia.

La madre Gloria, la directora, escuchó la discusión y me llevó a la dirección, la misma oficina en donde antes la madre Martha abrió la gaveta de caramelos, pero esta vez fue distinto. Me prohibió hablar

nuevamente de esas cosas en el colegio, dijo que lo que pasaba en mi casa era mi asunto. Quedé desconcertada de ser regañada por haberme defendido de una burla malvada a pesar de que yo podía quedarme sin papá en cualquier momento.

La mayoría de los capturados en esa redada eran médicos y sus familias acudían a mi casa aglutinadas alrededor de mi mama, para hacer cosas juntas para sacarlos de la cárcel. Durante esas semanas, mi mamá no paró un minuto de hacer gestiones legales, visitarlo, publicitar las detenciones e intentar hacernos sentir a todos los pequeños en la casa que todo estaría bien, que nada malo le pasaría, lo cual no surtía mayor efecto para tranquilizar nuestras almas.

Particularmente, creo que a mi hermano pequeño le fue muy mal en esas semanas, porque intentaron que no se enterara de lo que pasaba. Mi mama tratando de hacer que todas las rutinas continuaran. No sabía el tiempo que mi papa pasaría preso y lo que sucedería. Estaba obligando al bebé a bañarse para ir al kínder y él le gritó que ojalá fuera ella la presa y no mi papi. Certeño golpe en el corazón para ella, pero él con sus cuatro años hacia días que ya tenía su propio corazón partido y nadie estaba para prestarle atención.

Mi padre fue liberado tras varias semanas de interrogatorios, después de dar declaraciones ante un juez, diciendo que no sabía que las personas que llegaban a mi casa fueran guerrilleros, que él creía que eran visitadores médicos y vendedores de libros porque así se habían presentado. Lo vi en el diario “La Prensa” retratado, sentado delante de un escritorio en donde una persona tomaba nota en una máquina de escribir, de lo que él decía delante del juez. No sé ahora quién los llevó desde Managua hacia mi ciudad, pero iban todos los médicos liberados juntos y sus familias esperaban en nuestra casa su

llegada. Verlo entrar por el zaguán de mi casa con su menuda figura, vivo y sonriendo, fue extraordinario.



IX

LA POLÍTICA Y YO A LOS SIETE



Capítulo IX LA POLÍTICA Y YO A LOS SIETE

*"Yo no creo en la edad
Todos los viejos
llevan
en los ojos
un niño,
y los niños
a veces
nos observan
como ancianos profundos."*
P. Neruda

El inicio de la parte de mi vida que tiene que ver con la política, tiene un origen que claramente puedo describir. Con certeza fue a mis siete años que mi niñez se partió en dos. La segunda mitad inició a las seis de la tarde de un día de mil novecientos setenta y tres, cuando estando parada detrás de mi papá, con mi barbilla apoyada en su hombro desde atrás del sillón en el que se encontraba leyendo el diario La Prensa, le pregunté dos cosas que desde mi escasa altura descubrí al mismo nivel de mi mirada en los titulares del periódico: qué significaba FSLN y quién era Allende.

La respuesta fue larga y explícita, empezó con una lección de historia de Nicaragua. Contando cómo se habían repetido muchas veces elecciones de presidentes que no llegaban al poder porque las personas los eligieran sino porque se robaban los votos y cómo los Estados Unidos invadieron Nicaragua, apoyaban a Somoza y habían creado La Guardia. Dije algo así como por qué la gente dejó que esto pasara. La gente tiene miedo y por eso permiten que eso pase, me dijo, -optimista su visión porque me doy cuenta ahora que la mayoría de la gente deja que pasen las cosas porque no le importa lo que sucede a su alrededor, son pocos los que no hacen nada porque sienten miedo aunque les importe-.

Habló también de Jesucristo sobre la solidaridad con los pobres y la lucha contra las injusticias, que él sentía que era lo mismo que estaban haciendo los muchachos que pertenecían al FSLN. Que el mundo no estaba bien, no calzaban las cosas cuando unos no tenían comida, ni podían pagar las medicinas de sus hijos y otros derrochaban sin vergüenza alguna el dinero obtenido a partir del sudor y sufrimiento de otros y que esa situación había que cambiarla. Y de Allende lo que recuerdo que me dijo, es que había sido electo por la gente y que era bueno.

Entre lo que veía, lo que escuchaba y lo que mi papá y mi mama decían cada vez que tenían oportunidad, me fui sintiendo incómoda por lo que yo pensaba no estaba bien. De las cosas que más me impresionaban, aunque estaba acostumbrada, era ver a los niños que llegaban a consulta donde mi papá, mocosos y desnutridos. A veces casi a punto de morir porque las mamás los llevaban cuando ya estaban muy mal, porque no tenían dinero y esperaban hasta el fin de semana a que les pagaran la semana de la cosecha para bajar a la ciudad. Mi papá las regañaba por haber esperado tanto porque si no tenían para pagar no les cobraba, pero ellas no siempre podían porque las distancias tampoco se lo permitían. Por eso mi vida ya no fue la misma.

Esta nueva etapa empezó con ese mensaje mezclado de principios morales y religiosos. Yo sentía que mis padres a partir de entonces, me habían hecho caminante junto con ellos de ese camino impreciso que sabías cuándo lo iniciabas pero no cuándo, ni cómo lo terminarías. Pero la verdad es que fue a empujones que me hice un espacio desde ese momento, porque tenía la información básica para interpretar mejor conversaciones y eventos que se daban a mí alrededor.

Mi papá contaba que desde siempre fue opositor, de familia “conservadora” que significaba ser simpatizante o miembro del partido Conservador. Era buena persona. Le conocí pocos amigos, de esos que se llaman amigos para juntarse en platiconas o mesas de tragos, pero los tenía, algunos muy diferentes a él y otros con muchas cosas comunes.

En los cuentos caseros familiares, describían la relación que muchos años antes que yo naciera, él tuvo con su amigo Edwin Castro Wassmer. Un mártir que participó en el complot para ajusticiar a Anastasio Somoza García en mil novecientos cincuenta y seis, el primer miembro de la dinastía somocista, quien era el padre de Anastasio Somoza Debayle, derrocado en mil novecientos setenta y nueve por la Revolución. De su amistad con Edwin y doña Consuelo, su madre, hay muchas anécdotas. Contaba mi mama que unas semanas antes de la fiesta en el Club Social de León en que se desarrollaron los acontecimientos que concluyeron con la muerte de Somoza García, Edwin había llegado a buscar a mi papá a la hora de la cena a la ciudad en que vivían y se había tropezado en la acera de la casa mordiéndose la lengua hasta partírsela en dos, de manera que cuando le abrieron la puerta lo encontraron bañado en sangre y mi papá le hizo unas puntadas para curarlo, aunque una parte de la lengua ya se había pegado sola de forma muy rápida. La visita era para contarle parte del plan y pedirle ayuda económica y me parece que también para pedirle prestado un camión que mi papá tenía en su finca

o el préstamo del camión había sido antes.

Edwin fue de los autores principales del plan en el que Rigoberto López disparaba a Somoza. Después del ajusticiamiento, lo capturaron y en la cárcel de La Aviación en Managua le aplicaron la ley fuga el dieciocho de mayo de mil novecientos sesenta, tras cuatro años de cárcel, llegando a tirarlo al zaguán de la casa de su madre en León con una guatusa dibujada con sangre en su pecho y su rostro desbaratado.

El costo de la consulta médica con mi papa era de diez córdobas, casi nada. Otras veces no cobraba. De manera que sus recursos personales nunca fueron muchos. Por su parte, mi mama compartía sus compromisos y sus decisiones. Ambos tenían un apego especial por sus creencias religiosas pero creo que mi mama particularmente buscaba más respuestas teóricas que le justificaran esa búsqueda de alternativas menos contemplativas para practicar su fe. Desde que los recuerdo utilizaban parte de su tiempo en proyectos sociales diferentes.

Mi papa era cursillista y los dos daban charlas prematrimoniales de cuido de hijos y sexualidad en el matrimonio. Ni idea de qué decía en esas charlas, solo me dejaban entrar a la del cuido de los niños. Las horas que invertían en estas cosas no eran un problema para mí porque trabajaban parte de su tiempo en la casa y me dejaban acompañarlos cuando quería, aunque me pasara el día entero vagando por los sitios. Así pasé una vez, domingo completo en el colegio La Asunción en León, recorriendo todos sus rincones solitarios mientras ellos aconsejaban parejas para ese largo camino de la vida. Ojalá recordara más sobre lo que escuchaba entre cortado de sus charlas. Antes que yo naciera fundaron un hogar para huérfanos y niños en riesgo. Fueron haciendo cosas más complicadas, al mismo tiempo que el gobierno hacía también cosas complicadas.

La pobreza y la represión era lo único que yo entendía. No entendía la corrupción, la falta de espacios políticos, la centralización del poder y de las principales actividades económicas. Imagino que cada acción traía una consecuencia natural que hacía a algunas personas sentirse más presionadas a ser menos pasivas y convencionales. Hasta que se optaba por lo que para muchos, era lo único que permitiría transformar las cosas. Así supongo que mis padres terminaron involucrándose con el Frente.

Ser colaborador del Frente implicó para toda nuestra familia un montón de acciones y emociones que cada quien vivió a su manera. Teníamos personas escondidas en nuestra casa, transportábamos a otros en nuestro carro. Mis papas asistían a reuniones con campesinos para hacer celebraciones de la palabra, unas reuniones para discutir el evangelio dirigidas por laicos en lugares en que no había iglesias, ni curas. Recuerdo haberlos acompañado a algunas y escuchar a la gente campesina relacionar lo que decía el evangelio con las cosas de su vida, me resultaba más fácil entender este evangelio que la homilía del cura de mi parroquia. Acompañaban además a los campesinos en sus luchas por la tierra en una comunidad que fue famosa por esta reivindicación histórica y algunas familias de ese lugar estuvieron cercanas a mi familia durante años.

Ser colaborador del Frente, implicaba también, transportar comunicación de una casa de seguridad a otra, repartir propaganda escondida en lugares públicos, reproducir propaganda en mimeógrafos con mensajes anti somocistas, entre otras. Estuvieron claros de cómo querían que se cambiaran las cosas, aunque después también les resultó claro poner los límites en las actuaciones de la Revolución que no compartían cuando se cayó la dictadura. Esos defectos de humanos que cuando crecí reconocí en mi mama y en mi papa, no lograron opacar ni un poco esta faceta de sus personalidades que la niña de este relato entendió en toda su magnitud. Todavía los pienso y nada cambia.

X



Capítulo X

EL NIÑO QUE CRUZÓ EL OCÉANO A NADO

En la vida de todos pasan cosas que son más o menos importantes. En la mía pasaron muchas que tendrán que ver con mi yo de hoy, como dirían los psicólogos. Particularmente las historias de dos de mis hermanos, Jacinto el que tenía una discapacidad y Martín el que se hizo guerrillero.

Antes que yo naciera, Jacinto el tercero de mis hermanos mayores fue diagnosticado a los cinco años con un tumor cerebral. Luego de muchas radiaciones y operaciones, perdió gran parte de sus facultades y fue un discapacitado para siempre, hasta que murió a sus cuarenta y ocho años. Esto podría parecer un cuento trágico que marcará a una familia con una sombra oscura sobre sus cabezas, pero no lo recuerdo así. Hago el esfuerzo de buscar en mi memoria imágenes constantes de drama por esto y no aparecen.

Llegué a esta crisis un poco tarde y por eso no sufrí su lado más amargo. Cuando aparecí en la familia ya había pasado la peor parte. Recibí particularmente de mi mama la insistente gratitud de que estuviese con vida día a día. Mi mama me contaba repetidas veces cómo había sido su enfermedad y particularmente, la anécdota durante estaba siendo operado en un hospital en Nueva York, después de estar postrado en coma durante meses de tratamientos y cirugías. Decía que un día en que estaba sola porque ya no alcanzaba el dinero para que mi papá permaneciera allá, a Jacinto le iban a hacer una cirugía más del montón que habían pasado. Y cuando lo llevaron a la sala de operaciones, se fue a la capilla del hospital a rezar durante mucho rato, pidiendo la oportunidad de tenerlo más tiempo con vida, cuando de pronto llegó corriendo una enfermera alegrísima a buscarla, para decirle que Jacinto se había despertado y estaba sentado en la sala de operaciones preguntando por su mamá. Ella revivía toda la emoción del momento cuando me contaba el cuento. Corrió a la sala de operaciones, entró, él la vio y le dijo: "mamá tengo hambre".

Regresaron a casa con él en silla de ruedas y dicen que tuvieron que enseñarle a hacer todo de nuevo como a un bebé, para lo cual cada uno tenía un rol designado. Imagino el impacto que debe haber tenido en mis hermanos mayores esa etapa en que uno del clan de cuatro, de pronto se enfermó hasta casi la muerte y que ya no pudo ser nunca más el mismo de antes. Al Jacinto que conocí le costaba hablar fluido, caminaba con una pierna un poco coja y olvidaba algunas cosas. Razonaba como un niño, hacía operaciones matemáticas con una facilidad increíble, se sabía las tablas de multiplicar de memoria, tenía un corazón de oro, se reía a carcajadas y sonreía todo el tiempo, platicaba con todo el que lo quería escuchar, comía mucho, se enojaba si le quitabas sus espacios en la televisión o su comida y le encantaba cantar desentonado una canción horrible que decía: "por qué se fue y por qué murió, porque el señor me la quitó,

se ha ido al cielo y para poder ir yo, debo también ser bueno para estar... con mi amor"

Mis padres intentaron hacerlo vivir activo. Con la solidaridad de la directora de una escuela cercana a nuestra casa y otra maestra amiga, entró a la escuela nuevamente. La maestra recibió entrenamiento especial para atenderlo e iba cambiando de grado junto con él hasta que terminó su primaria. Una época en que solo se conocía a una señora rusa en todo Nicaragua para atender niños con capacidades diferentes.

Un psicólogo y su esposa logopeda, habían llegado al país recién graduados. Atendían en Managua, por lo que Jacinto se fue a vivir allí con una familia amiga. Lo hospedaban de lunes a viernes y él asistía a clases y terapias todos los días. Casualmente el día del terremoto, había llegado de regreso a nuestra casa por vacaciones de Navidad y la cama en la que dormía en Managua quedó partida en dos por una pared.

Después del terremoto, mi madre se empeñó en la creación de una escuela de educación especial. Buscó fondos en AID, formó una junta directiva con otros amigos que tenían hijos también con discapacidades. Una señora enfermera gringa miembro del Cuerpo de Paz, vino a hacer su voluntariado por muchos años para organizarla. Entrenaron maestras, consiguieron una casa para instalarla y después de un tiempo empezó a funcionar. La acompañé en reuniones, la limpieza de la casa, la preparación de los materiales didácticos, el entrenamiento de las maestras y en el esfuerzo grande de tratar de entenderle a la señora gringa su español siempre pronunciado con una gran sonrisa, se llamaba Katherin. Cuando la escuela inició mucho antes del setenta y nueve, Jacinto ya no asistiría porque había terminado el sexto grado y tenía más de quince años, pero lo hicieron desde entonces otros niños.

No siempre era fácil tener un hermano con discapacidad, sobre todo cerca de las personas que no eran amigos de la familia y no lo conocían. Me obligaba a estar dando explicaciones todo el tiempo de lo que le había pasado, de las cosas que podía hacer y de las limitaciones que tenía. Me molestaba que le tuvieran miedo las personas a las que él les hablaba sin conocerlos. Era conversador, dulce y divertido. Me resultaba desagradable que se sintieran incómodas con alguien así. Era un niño con cuerpo de grande.

Me hubiera gustado que lo trataran igual que como se trata a un niño. Y que cuando se ponía a narrar hazañas personales imaginarias, fantasiosas, como aquella recurrente, en que había cruzado desde la isla El Cardón hasta la playa de Corinto a nado, solo vieran en esa historia lo que habría hecho de verdad si no le hubiera dado el tumor o lo que él hubiese deseado hacer de verdad si su cuerpo se lo hubiese permitido. Necesariamente parte de la vida de mi familia giró alrededor de él y otra parte giró después alrededor de mi hermano mayor Martín, a partir de su decisión de ser guerrillero e integrarse al Frente cuando yo tenía siete años.



“

E L M I E D O
T I E N E O L O R
Y C O L O R

Capítulo XI **EL MIEDO TIENE OLOR Y COLOR**

Durante mucho tiempo al recordar los eventos relevantes, aparecían emociones o sensaciones particulares. Las emociones en mi memoria tienen sonidos, olores y colores. La más constante y blanca con olor a lluvia mojada, era la paz que sentía acostada entre mis padres en su cama, costumbre eterna que perdí hasta que mi papá murió y que todavía añoro con serenidad. La segunda, azul y con olor a mar

era la alegría de hacer cosas siempre diferentes y retadoras en cada uno de mis días, tenía tantas opciones de cosas que hacer, de temas en que pensar que no recuerdo haber estado aburrida alguna vez. La tercera emoción, color verde oscuro y olor a calle con desperdicios, era la del estado de alerta que me disparaba la adrenalina ante el miedo, que se fue haciendo más continuo en la medida que transcurrieron los años y empezaron a pasar cosas que nos confrontaban como familia con la experiencia de vivir en dictadura.

Esta última forma de reaccionar ante el miedo fue parte del entrenamiento inconsciente y cotidiano que recibí de mis padres, para

sobrellevar con sentido práctico todos los riesgos que viviríamos quién sabe por cuánto tiempo. Para aprender a actuar apropiadamente ante todas las hipotéticas situaciones en las que nos podríamos encontrar y para tomar siempre todas las medidas de seguridad posibles, que nos permitieran pasar desapercibidos en algunos momentos y cuidarnos de los “orejas” y de La Guardia. Sobre todo para aprender a proteger a todos los clandestinos que pertenecían al FSLN con quienes nos relacionábamos y particularmente para cuidar a nuestro hermano Martín.

El estado de alerta temeroso pasó a ser entonces un estado natural que me enteré que lo tenía cuando dejé de sentirlo al pasar la frontera hacia Costa Rica en un viaje por tierra que hice a los diez años con uno de mis hermanos y mi papá. En ese viaje me sorprendió dejar de sentirme así y supe que vivir en una sociedad diferente tenía un gran valor mientras pensaba que todos los que caminaban en las aceras de San José no sabían lo que tenían, fue una tregua al miedo que duró los cinco días que duró el viaje.

Desapareció de mí como sensación perpetua el diecinueve de julio del setenta y nueve. Me sentí tan liviana, tan tranquila, que no puedo dejar de pensarla todavía como el día más feliz de mi vida, fui tan feliz, tan feliz, que nada de lo desagradable que me estaba pasando en esos meses tuvo tanta importancia a partir de entonces, ya había pasado lo peor, era capaz de aguantar cualquier cosa. Ironías de la vida porque un montón de gente empezó a sentir lo contrario a lo que yo sentí a partir del mismo día.

No obstante, me quedó para siempre la misma forma de reaccionar ante el miedo, se me dispara el alerta y mi cerebro en fracción de segundos multiplica las opciones de decisiones que tomar para intentar resolver las situaciones y actúo. Brotan de mi inconsciente los planes para cada emergencia: incendios, temblores, guerras,

muertes de viejitos, accidentes. La familia vivió muchas circunstancias fuera de lo común pero no recuerdo nunca que las dificultades fueran tragedias.

Mi abuela como a los noventa años solía llamar por teléfono a “las muchachas”, sus primas casi de su edad, para conversar. Algunas de ellas solteras con poco sentido del humor y con la tendencia a poner “sal en las heridas”, como suele decirse de quienes insisten en martirizar o martirizarse recordando eventos desagradables. Un día de esos la escuchamos y vimos que después de haber iniciado una conversación alegremente iba cambiando su semblante hasta ponerse casi a llorar, al finalizar dijo: “!Qué desgraciados hemos sido nosotros, con tantas tragedias que hemos vivido! La fulanita me hizo el recuento: la operación de fulano, la enfermedad de Jacinto, la caída de la casa de ustedes (mis padres tuvieron su propio terremotito antes que yo naciera y se cayó el segundo piso en el que vivían), el incendio, la guerra”. La escuchamos, nos reímos y mi mami le dijo: “¿Ah sí? No me di cuenta, no he tenido tiempo para sentirme desgraciada”.

Cuando recuerdo las reacciones ante las situaciones de alerta, que con frecuencia vivimos como consecuencia de la dictadura y de la opción política que la familia decidió tomar, no puedo evitar pensar también en lo que sucedía en mi familia cuando había sismos. Los temblores eran especiales en mi casa porque las paredes altas con estructura de piedra y madera crujían. No es muy probable que hubiésemos sobrevivido a un terremoto.

Cuando temblaba, el ritual era que mi mami gritaba a todo pulmón anunciando el TEMBLOOOOOOR y bajo los ruidos terribles que hacía la estructura de la casa todos corríamos como locos al patio central, mientras mis padres terminaban de sacar en una silla de madera con rodos al viejito, al enfermo o al bebé de turno. Allí per-

manecíamos un rato y si no volvía a temblar, regresábamos a la cama y dejábamos las puertas de los cuartos abiertas. El día del terremoto del setenta y dos fue particular, porque mi papá estaba de turno en el hospital y hubo una explosión fuerte, ocasionada por una bomba que tiraron desde un camión en la plaza de una iglesia cercana a mi casa, mientras iba pasando un hombre que quedó con sus extremidades perdidas a metros de distancia.

Mi papá, que era cirujano, estaba operándolo e intentando unirle sus miembros arteria por arteria, justo cuando sucedió el temblor que sentimos en mi ciudad por el terremoto. Mientras tanto, mi hermano Martín, que entonces tenía quince años, estaba en la catedral de Managua junto con otros amigos en una toma política junto al padre Fernando Cardenal pidiendo por la liberación de unos presos políticos creo. Mi papá cuando terminó de operar salió a prestar un camión y se fue para Managua en la madrugada a buscar a Martín sin tener idea de lo que le había pasado, y rescatar a su hermana, mi tía Lore, la dueña de la farmacia en la que me comía los caramelos de la tos, para traerla con toda su familia a nuestra casa.

A mi hermano Martín no le había pasado nada. Estaban ayudando a rescatar heridos de entre los escombros cuando mi papá lo encontró. A mi tía y su familia tampoco. Mi tía se fracturó un brazo a los pocos días en el patio de mi casa por recoger algo del suelo. A partir de ese día y durante no sé cuántos años dormí con un maletín de mano a la orilla de mi cama que contenía mis pertenencias más importantes incluyendo varios calzones por supuesto. El hombre al que le explotó la bomba murió días después. El traslado de mi tía con mi prima y sobrinos a vivir frente a mi casa con todo y la farmacia me abrió otros espacios para jugar. Ahora ya no solo vendía en la tienda, sino que podía escoger ir a vender a la farmacia y despachar un peso de vaselina o brillantina para el pelo, sacándola con una cu-

chara untándola en un trozo de papel bond especialmente cortado para ello y envolviéndola como paquetito.



Capítulo XII

EL TRABAJO, LOS PENECAS Y EL CHOW MEIN

En la acera de enfrente vivía Luis, un chinito de un metro y medio de altura, que había llegado al país en los años cincuenta. Se había quedado soltero después de sufrir un desamor. Cuentan que había

mandado a traer una chinita por encargo y que cuando ésta llegó a la ciudad en unos días se enamoró de otro y se fugó con el nuevo amante poco antes de casarse. La desilusión de Luisito fue tanta que nunca más intentó juntarse con ninguna otra mujer. Era famoso porque asistía a todos los entierros de la ciudad aunque no conociera al muerto, vestido con saco negro, corbata del mismo color y camisa blanca. Todo impecable. Llegaba puntual a la salida de las iglesias y no se iba hasta que se terminaba de echar la última palada de tierra.

Nunca supe cuáles eran las motivaciones que lo hacían ser tan comprometido y solidario con las familias de los muertos, a lo mejor no lo hacía pensando en las familias, sino en los difuntos o en su propia soledad garantizándose él mismo un entierro concurrido. Vivía íngrimo en una casa muy grande que igual que la mía tenía dos patios, vendía cuadernos, lápices, papel de envolver, papel kraf y mollejones para dar filo a los machetes.

Como no tenía compañía no se preocupaba por limpiar la casa y estaba muy sucia. Hay quienes decían que no se bañaba. La verdad no recuerdo haberlo sentido con mal olor, solo con mal aliento; pero cocinaba riquísimo y en mi casa teníamos el privilegio de ser sus favoritos para compartir su arroz con vegetales y mariscos o el típico chow mein. Al sentirle el sabor no nos deteníamos a reflexionar sobre la higiene con que habían sido preparados. Era una buena persona y casi siempre sonreía.

En mis ratos de ocio y en mi afán de obtener dinero para comprar revistas de tiras cómicas –a las que llamábamos “penecas” – cada cierto tiempo me ponía a su orden para limpiarle la casa y me pagaba un céntimo. Lo que nunca supo es que cuando barría me encontraba por lo menos diez céntimos más tirados en monedas perdidas en el suelo y hasta enterradas en el patio que no le devolvía. Yo salía feliz y él quedaba también feliz porque le dejaba su casa muy limpia, al menos eso creía yo cuando corría disparada con mi botín para el puesto de revistas a comprar lo último de la Pequeña Lulú y Archie.

SANDOKAN

EMILIO
SALGARI



ME NARRO DE QUÉ
TRATABA LA NOVELA
DE EMILIO SALGARI
QUE SE LLAMA
SANDOKAN. A LO
MEJOR PORQUE SE
SENTÍA IDENTIFICADO
CON EL PRÍNCIPE MALAYO
QUE LUCHABA CONTRA LOS
COLONIZADORES PERO...

XIII

LOUISA
M. ALCOTT

U N O S

E X T R A Ñ O S

E N M I

C A S A

hauseon

Capítulo XIII UNOS EXTRAÑOS EN MI CASA

Mi casa empezó a ser frecuentada por huéspedes raros que llegaban de noche y pasaban encerrados la mayor parte del tiempo para salir de nuevo de noche, con los cuales mis padres conversaban con las

puertas cerradas. Después supe quiénes eran, cómo se llamaban y con cada uno desarrollé una relación diferente a partir de sus personalidades y de la capacidad de empatía que demostraban con una niña omnipresente que no abría la boca y les sonreía muy poco. Fueron relaciones más importantes para mí que para ellos. Siempre pasa con los adultos que llegan a la vida de los niños circunstancialmente, no entienden como pueden llegar a ser tan importantes y queridos y después ni lo recuerdan, ni les importa.

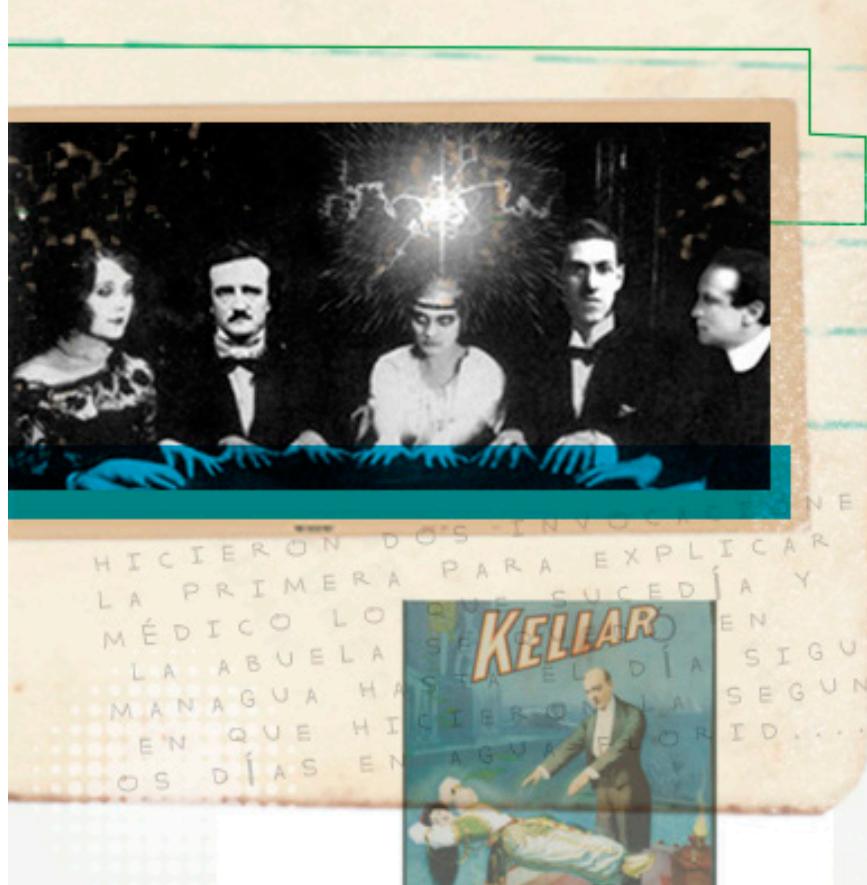
Me pasó con las clandestinas y los clandestinos, en más de una ocasión cuando ya había crecido los encontré y su indiferencia me movió el piso de pronto, aunque ya no me importaran suponía que había algún cariño común. Sobre todo porque seguí sus pasos y sufrió en muchos casos la angustia de sus riesgos y las torturas que imaginaba estaban pasando cuando los metían presos.

A alguno de los guerrilleros conocidos, lo encontré nuevamente en la primera plana del diario de Somoza llamado "Novedades". En fotografías que ocupaban la página de la portada con los ojos abiertos y bañados en sangre, acribillados a balazos, muertos. Y no eran imágenes tan lindas como la clásica foto del Che Guevara en La Higuera, en la que parece un Cristo. Sucedió con Oscar Robelo, al día siguiente de haberlo visto por última vez, el 30 de agosto del 78. Nos habíamos encontrado con él, en el Mc Donalds del Camino de Oriente mi mamá y yo para entregarle unos documentos y una información no sé de quién. Otro fue Róger Deshon. Murió en un ataque de La Guardia a la casa de seguridad en la que estaba oculto en León el 16 de abril de 1979 junto a otros cinco compañeros que conformaban el Estado Mayor de occidente.

Con Róger tuve una relación más cercana que con los demás cuando vivió en mi casa en el año setenta y tres o setenta y cuatro. Siempre entablaba conversaciones conmigo, preguntándome qué estaba haciendo y me ayudaba a hacer mis cosas del colegio. Al inicio me caía mal sintiendo que invadía mis espacios en mi rincón cerca de la televisión en donde hacía mis tareas, pero después empecé a oír lo que me decía y me recomendaba libros para leer cuando creciera. Me narró Sandokán, la novela de Emilio Salgari. A lo mejor se sentía identificado con el príncipe malayo que luchaba contra los colonizadores, pero a los ocho años a mí, no me resultó tan atractivo el

argumento. Lo leí un par de años después, en una fiebre de lectura en mis vacaciones cuando ya estaba concluyendo los libros que eran de lectura obligatoria en mi casa para la niñez-pubertad: Mujercitas, Papaíto Piernas Largas, El Principito, La Cabaña del Tío Tom y La Odisea. Después de un tiempo sin verlo, supe de él en diciembre del setenta y cuaro porque participó en una acción guerrillera, como parte de un comando que se tomó la casa de un somocista el día de una fiesta navideña.

Róger fue el único que me recordaba después, cuando regresó a trabajar de nuevo cerca de mi ciudad y recibí una carta suya estando fuera del país. Llegó a mis manos algunos meses posteriores de cuando la escribió, justo el día antes de escuchar por radio Sandino que había muerto. Solo recuerdo que decía "...ya sé que debe ser difícil para vos estar lejos pero no te preocupes que va a ser por un poco tiempo nada más, pronto todo se va a terminar y vas a poder regresar..." No sé cómo supo mi dirección para enviar la carta por correo. Fue uno de mis tesoros máspreciados durante largo tiempo, igual que lo fueron algunas de las cartas que mi hermano Martín escribía a mis padres cuando no podía verlos, en las cuales me dedicaba algún mensaje especial que me llenaba el alma hasta nuestro siguiente encuentro.



Capítulo XIV

CUANDO LOS ESPÍRITUS NOS VISITABAN

Me transporto a un viejo teatro de mi ciudad, sentada junto a mi padre, apoyada sobre mis piernas para tratar de ver por encima de todas las cabezas. Tenía cinco años y estábamos asistiendo al espec-

táculo de un mago faquir italiano, totalmente diferente a los circos visitantes a los que estaba acostumbrada. El mago hizo muchas cosas. Vendado adivinó colores, tamaños de objetos que portaban personas del público que habían subido al escenario voluntarias, algunas de las cuales yo conocía. Se acostó en una cama de clavos e hipnotizó a su novia haciéndola levitar y luego la dejó en estado de hipnosis por cinco días. Al final, el cierre del show era acompañarlo a enterrarla en el parque central de la ciudad.

Todas las personas salimos del teatro, en marcha junto al ataúd abierto, tal cual asistíamos a un funeral real. Fuimos a verificar cada palada de tierra que le echaban y a observarla a través de una aber-

tura en una especie de canal de madera que le dejaron sobre la ventanilla de vidrio abierta del ataúd, por la cual se podía ver su rostro. Justo para que ella pudiera respirar y el público pudiese constatar que estaba allí. Podía llegar cualquiera a observarla por unos minutos después de pagar una cantidad de dinero. Hasta el quinto día, en que la desenterró delante de todos los presentes, la sacó de la hipnosis y la llevó en una ambulancia al hospital para que la hidrataran.

Pienso en ello y me encuentro sin querer saber aún si la novia del faquir enterrada en el parque, estaba realmente hipnotizada o la sacaban del hoyo por las noches, cuando cerraban la carpeta que la protegía, no quiero perder la magia pensando que se trataba de unos simples trucos. Como parte de los recuerdos mágicos, llega mi abuela y su relación con los seres del más allá, de otra dimensión o de su imaginación.

Las anécdotas de experiencias extrasensoriales en la familia de mi madre fueron mis favoritas de niña. Mi mama y mi abuela, las contaban casi siempre riéndose, pero dejando en el aire la percepción de que realmente habían pasado.

La abuela hablaba poco de sí misma conmigo, por eso escuchar de mi mama sus anécdotas me acercaban a ella y me hacían verla de forma diferente a la viejita tranquila que cuidaba su jardín y rezaba. Me impresionaba escuchar directamente de la abuela o en versión reproducida por mi mama, la primera experiencia que ella había experimentado a los nueve años, cuando su madre, mi bisabuela, había salido en un viaje en carreta a Matagalpa, enfermó de pulmonía y murió. La abuela contaba que en el supuesto momento en que había muerto su mamá, llegó a despertarla a su cuarto, la abrazó y besó vestida con el mismo vestido que después traía puesto cuando

regresaron el cadáver desde el otro pueblo.

Mi abuela vivió después en compañía de su abuela materna, porque su padre, un general del ejército, que no la había reconocido, solo llegaba eventualmente a visitarla. Me imagino que su principal consuelo en sus momentos de tristeza debe haber sido imaginar a su madre cuidándola desde algún lado en que la observaba, igual que el día en que llegó a despedirse.

Mi abuela tenía una pariente médium que vivía en Managua, a la que visitaba con alguna frecuencia cuando viajaba a comprar mercadería para la tienda y le encendía encuentros con seres del más allá sin que mi abuelo supiera que lo hacía, porque dicen que era un hombre serio y formal a quien no le hacían gracia las pérdidas de tiempo con disparates. En una ocasión la abuela le pidió a la médium invocar al espíritu del doctor Jean-Martin Charcot, un médico francés muerto a fines del siglo XIX, famoso por sus investigaciones del sistema nervioso, para consultarle sobre unas manchas que mi abuelo tenía en la piel.

Hicieron dos invocaciones, la primera para explicar al médico lo que sucedía y la abuela se quedó en Managua hasta el día siguiente en que hicieron la segunda invocación y el espíritu del doctor recomendó aplicarle sobre las manchas unos bulbos de lirio enterrados por varios días en agua florida. Dice mi mamá que el abuelo sin saber nada le contó a la abuela que había soñado con la visita a su cama de un hombre vestido muy elegante y con leontina, sintió la cama hundirse, le levantó la camisa y le tocó las manchas. El abuelo se curó con el tratamiento.

También contaban cuando la abuela había solicitado a la médium que le asignara el espíritu de un ángel guardián como protector de la

familia y le escogieron al espíritu de “Benicio”. Posterior a eso, una madrugada despertó con el sonido de unas piedritas tiradas contra el vidrio de la ventana de su cuarto que daba al patio central interior de la casa y al abrir la cortina para identificar de dónde procedía el ruido, observaron que se estaba incendiando la cocina y mientras se levantaban corriendo a apagar el fuego, vieron a un señor sentado en una silla mecedora de la sala, pero pensaban que era un conocido que había participado en una mesa de juego de cartas que habían tenido la noche anterior y se había quedado dormido. Al controlar el incendio que estaba iniciando, aún sin abrir las puertas de la calle, buscaron a la persona y no lo encontraron en la casa.

Cada vez que mi mama repetía estos relatos, me dejaba llena de dudas existenciales sobre el más allá. A mí los muertos me daban mucho miedo y cuando murió el tío José que vivía con nosotros yo pasaba en las noches por su cuarto a velocidad de carrera de cien metros, a pesar de que había sido mi cómplice y consentidor. El último de estos cuentos, me lo narró mi mamá al regreso de mi largo viaje fuera del país, fue sobre la visita que le hizo a ella Róger, el guerrillero de la carta, a quien mi mami dice haber visto en nuestra casa el día que murió por causa de un ataque de La Guardia al lugar en que estaba escondido. Ella estaba cocinando, Róger apareció en la cocina y luego lo vio sentarse en el comedor, en el mismo lugar que utilizaba cuando muchos años antes había convivido durante meses con nosotros, sin decirle nada, pero sonriendo por unos minutos hasta que desapareció.

No es una historia que ella contara a muchos porque no es congruente con su personalidad racional e intelectual, pero tiene certeza de haberla vivido, así como sentía tristeza de no poder haber vivido una igual con mi padre después de que este murió en el no-

venta, durante meses en que estuvo realmente triste por su pérdida, la pérdida de su compañero incondicional y amoroso que era una de sus fuentes de felicidad, aunque ella ha sido su propia fuente de energía y felicidad. Le tomó algunos años recuperar su chispa natural después.

Yo tengo en mis sueños algunos encuentros fenomenales con mi padre, lo toco, le beso su frente, le meto los dedos en su pelo como solía hacerlo siempre, siento su aroma y él me abraza llenándome de paz. A veces viene acompañado de mi hermano Jacinto, divertido y sonriente. Ojalá me pasara con más frecuencia.

XV

ESOS SERES INCOMPRENDIDOS

EN MI FAMILIA CUANDO OFRECEMOS ALGO DE COMER Y NO NOS LO ACEPTAN DECIMOS:
“¡QUE TE LO COMAS, TE DIGO!” Y POR ENDE SE CUENTA EL CUENTO COMPLETO DEL BANANO.



Capítulo XV ESOS SERES INCOMPRENDIDOS

En mi ciudad igual que en todas, había personas extrañas que nos asustaban y algunos “loquitos” como se les llama popularmente, en diminutivo, como que eso disminuye el impacto del desconcierto de no saber cómo tratarlos. Cuando se es niña o niño, la vulnerabilidad de no conocer las causas de su estado, o no saber cómo reaccionar ante ellos hace que se les tenga más miedo de lo debido y claro que socialmente también se expresaba una falta de sensibilidad que hacía que fuesen maltratados y discriminados.

Mi papá nos contaba de una loquita que había en su pueblo que deambulaba por las calles recogiendo comida de la basura y su par-

ticular encuentro con ella un domingo cuando tenía menos de seis años y se fue a misa con su abuela. Al llegar a la iglesia usando aún vestido porque no había pasado la edad en que podía usar shorts y pantalones según acostumbraban a inicios de siglo y con su pelo largo rubio destinado a crecer lo suficiente para hacerle una peluca a una virgen. Se quedó sentado solo en una banca trasera, mientras su abuela se fue adelante.

De pronto sintió que había alguien a su lado y al voltear vio a la loquita sentada con todo su olor desagradable. Se quedó paralizado. La loquita tomó el morral que cargaba, lo abrió y sacó de él un banano podrido y empezó a pelarlo con cuidado, con sus manos y sus uñas largas y mugrosas. Cuando terminó le dijo: ¡comételo!, muerto de miedo alcanzó a decirle –no gracias- y la loquita le insistió: “¡Que te lo comás te digo!”. Y mi papa empezó a tragarlo sin alternativa, sintiendo que moría de las ganas de vomitar.

Decía que ese día le dio un gran dolor de estómago, como era de esperarse, y fiebre por el susto y por la gastroenteritis de la porquería. Esa experiencia la oí muchas veces y cada vez que la contaba me reía igual como si fuese la primera vez, porque él siempre empezaba a reír cuando describía a la loca pelando el banano y contaba el final en medio de sus carcajadas silenciosas que lo ponían rojo, rojo y hacían salir lágrimas por sus ojos, nos reíamos de la imagen de la loca y de sus carcajadas. En mi familia cuando ofrecemos algo de comer y no nos lo aceptan decimos: “!Que te lo comás te digo!” y por ende se cuenta el cuento completo del banano.

También formaba parte del repertorio de mi casa, la anécdota de una loquita que había en León de la época de cuando mi mama estaba en la universidad. Era sobre una mujer inteligente, ya madura, que se

jactaba de su pureza virginal. Decía que un año en el carnaval de los pelones –como se llamaba a los estudiantes de primer ingreso a los que en un rito de iniciación rapaban sin consideración dejándoles su cabellera en estado lamentable– los estudiantes de su facultad en la velada de elección del rey feo y la reina de la universidad, la vistieron y la maquillaron para que compitiera con las demás muchachas y la llevaron desfilando desde atrás en el teatro cuando ya todo el público estaba sentado. Ella subió al estrado y se presentó como una candidata más ante las carcajadas masivas de los presentes, lo cual fue tomado como una burla imperdonable hacia las demás participantes, particularmente por una de las candidatas, que se sentía de sangre azul y brillante pero sin sentido del humor.

La Angelina Cándida, como se llamaba la loquita, en cierta ocasión hizo la rifa de un niño Dios de Praga, vendió muchas acciones describiendo al niño como una pieza preciosa, indescriptible y procedente de Europa. El día de la rifa, la hizo en público con bombos y platillos y al momento de entregar el premio se apareció con una estampa de papel del niño Dios de Praga, alegando muy racionalmente ante el reclamo indignado de la ganadora del sorteo, que nada de lo que había ofrecido era falso, que nunca había dicho que era una imagen en porcelana como se la reclamaban, que todas las descripciones que ella había dicho coincidían con su estampita, ante la risa incontrolable de todo el público que en su mayoría eran siempre los estudiantes de la universidad que inundaban la ciudad con espíritu irreverente. El final de la Angelina dicen que fue dramático, la asesinaron en su casa para robarle y la violaron. Así terminaba siempre mi mama el cuento y me caía mal que arruinara toda la gracia de lo divertido recordándonos esa parte terrible de la historia, así como estoy haciendo aquí.



Capítulo XVI

EL ACOSO, EL MONSTRUO COTIDIANO

Creo que a todos los niños que vivimos en pueblos pequeños nos ha tocado sufrir alguna persecución en nuestra infancia, especialmente a las niñas a quienes en el mejor de los casos nos perseguían y nos tocaban en la calle, aunque no fuera de manera dramática como para trauma. No recuerdo por qué siempre callé y no se me ocurrió nunca contárselo a mi papa o a mi mama. Me daba pena, me sentía avergonzada, lo mismo que sentía con cualquier conversación o película que escuchara relacionada a sexo. Supongo que pensaba

que no me volverían a dejar salir sola y ese era un precio alto que no estaba dispuesta a pagar para acabar con mis temores, bastaba con ser precavida y correr muy duro cuando fuese necesario.

Cada vez que salía de mi casa y tenía que pasar por una esquina que llevaba hacia la parada en donde tomaba el autobús del colegio o en donde debía pasar con frecuencia para ir a la iglesia, o a la casa de una amiga, vigilaba a distancia en estado de alerta si no se divisaba la imagen de un hombre que manejaba un carretón en el que transportaba carga, muy parecido al actor Danny Trejo, quien por cierto siempre hace papeles estereotipados de latino delincuente. El hombre medía como dos metros de alto, con los dientes manchados y grandes. Me perseguía para tocarme la cabeza y me decía: “! Qué chavalita más bonita!”. Con un tono más de dulzura que de acoso pero que me causaba pánico.

Otras veces, la que me perseguía, era una mujer joven con apariencia masculina, que se encontraba en el atrio de la iglesia que yo visitaba para andar en bicicleta o a pasear a mis hermanos pequeños en sus cochecitos. Esta me sonreía de manera no exactamente dulce diciéndome “bonita” y lo demás nunca lo escuché porque ya había comenzado a correr sin parar hasta llegar a mi casa o a mi punto de destino. Tiempo después a partir de los once años, cuando mi apariencia ya había cambiado bastante y sobresalían mis pechos grandes, empecé a convivir desconcertada con el efecto que producía mi cuerpo en los hombres al caminar por la calle sin hacer nada que llamara su atención, excepto ser yo misma y no sabía qué hacer con las tocadas abusivas que algunos de ellos se atrevían a hacerme, es una sensación de humillación que me negué a aceptar como normal y empecé a reaccionar siempre con golpes y malas palabras; tampoco recuerdo que fuese un tema que tratara con mis padres, ni que mis padres trataran conmigo.

A María José la perseguía otro hombre, de baja estatura y pelo castaño, crespo y largo que se peinaba con “el partido” a un lado. También de casualidad se lo encontraba alrededor de la misma iglesia cercana a nuestra casa y en más de una ocasión nos tocó corrernos juntas de él. Este parecía que era un “oreja”, soplón de La Guardia que vigilaba su casa de vez en cuando.



Capítulo XVII

EL NEGOCIO DE PLANTAS

En ese mundo de tres dimensiones que vivía, con María José ideaba formas de ganar dinero trabajando para financiar nuestra diversión. Para comprar penecas y aumentar mi colección, comprar bolis, cajetas de “coyolitos” e ir a la matiné los domingos en la mañana en un cine nuevo que tenía una sola categoría de asientos y publicitaba sus películas en carteleras con letras con imanes. Diferentes a los otros

cines viejos de mi ciudad que tenían dos categorías de asientos, los de platea y los de luneta y los anuncios de las películas los hacían en carteles pintados a mano que pegaban con almidón en los postes de luz en las esquinas.

En esa búsqueda de plata, cuando tenía ocho años, además de limpiar la casa al chinito Luisito, acordamos hacer un vivero de plantas para venderlas a las amigas de nuestras madres en el vecindario. La fuente de donde obtendríamos las plantas sería el jardín de mi abuela, quien accedió a ayudarme a preparar algunos hijitos en unas

bolsas plásticas y compraríamos algunas otras a una viejita que llevaba a la puerta de mi casa a venderlas, pero el dinero ya no nos alcanzaría para las maceteras en que deseábamos sembrarlas para pintarlas y venderlas bonitas. Decidimos entonces que robaríamos algunas a vendedores que llegaban una vez a la semana con un camión cargado de ellas en todos los tamaños y las acomodaban en la acera de enfrente de mi casa. Cuando habíamos iniciado nuestro primer robo fuimos sorprendidas en la casa de María José por Ligia, una guerrillera clandestina que estaba en su casa y nos regañó muy fuerte, diciéndonos que si no nos daba vergüenza robarle a gente pobre que tenía la venta de sus maceteras como única fuente de ingresos y nosotras al extremo de la pena renunciamos para siempre al negocio.

Por cierto, Ligia después nos envió a repartir papeletas y comunicados de propaganda anti somocista al mercado. Teníamos que ocultarlos en los canastos de la gente sin que nadie nos viera y lo hacíamos a la una de la tarde en que había menos gente. Llevábamos las papeletas metidas debajo de nuestra camisa, vigilábamos que nadie nos estuviera observando y las dejábamos entre los canastos o entre las cosas que vendían. Supuestamente de la forma más discreta, pero íbamos vestidas cada una con el uniforme del colegio al que asistíamos. No imagino qué hubiera pasado si alguien nos hubiera visto en el momento en que las dejábamos ocultas debajo de los plásticos que tapaban los canastos o sobre las frutas y la ropa. No sé cuántas veces lo hicimos pero no tuvimos ninguna duda de que así tenía que ser sin alternativa. Ligia es una de las guerrilleras que después estuvo en prisión torturada y cuando ya había salido la visité con mi papá en Costa Rica. La encontré muchos años después y no me recordaba.

XVIII

S E R F E L I Z
C O N U N
G U E R R I L L E R O
S I N S U F R I R E N
E L I N T E N T O

EN UNA DE TANTAS
VISITAS EN MANAGUA,
HASTA FUIMOS A PIE
AGARRADOS DE LA MANO
A COMPRAR ALGO A UNAS
CUADRADAS CERCA DE LA CASA
DEL TIO AUGUSTO.
LOS ENCUENTROS CON ÉL
ERAN SIEMPRE ALEGRES,
AL MENOS AST LOS SENTIA
YO...



Capítulo XVIII

SER FELIZ CON UN GUERRILLERO SIN SUFRIR EN EL INTENTO

*"NECESITO del mar porque me enseña:/ no sé si aprendo
música o conciencia: / no sé si es ola sola o ser profundo/ o
sólo ronca voz o deslumbrante/ suposición de peces y na-
víos/. El hecho es que hasta cuando estoy dormido/ de algún
modo magnético circulo/ en la universidad del oleaje".*

P. Neruda.

Martín estuvo clandestino cinco años creo, entre mis siete y trece años. Eso implicaba que nos teníamos que encontrar con él en distintos lugares en casa de familiares, amigos o colaboradores. Esos encuentros eran lo más maravilloso que me pasaba, era un espacio de tiempo tan especial y auténtico que me resultaba imprescindible vivirlo. Sentía que en algún momento mi energía no era igual si después de un tiempo no nos veíamos. Era como que se me acumulaba la tristeza de a poquito en el corazón y al verlo se limpiaba de nuevo. En el mejor de los casos eran semanales, en otras ocasiones muy

distanciados. Generalmente íbamos los domingos, pero otras veces durante la semana. Incluso durante el día y entonces yo faltaba al colegio para poder asistir.

Lo visitamos en diferentes ciudades. En ocasiones en León, otras veces en Managua, en la casa del tío Augusto o en otras casas de seguridad. A veces él ya estaba esperándonos dentro de la casa y otras veces esperábamos su llegada, lo cual me hacía sentirme ansiosa porque me generaba la preocupación de que no llegaría y que nos iríamos sin saber la causa de su ausencia. En un domingo, él estaba dentro de la Catedral de León con otros universitarios que la tenían tomada y entramos escondidos a las dos de la tarde, por una puerta trasera. Aprovechando el silencio que acompaña los cuarenta grados centígrados leoneses y que en domingo mandan a todo el mundo a dormir la siesta.

En una de tantas visitas en Managua, hasta fuimos a pie agarrados de la mano a comprar algo a unas cuadras cerca de la casa del tío Augusto. Los encuentros con él eran siempre alegres, al menos así los sentía yo. Le llevábamos medicinas que necesitaba y comida de nuestra casa, supongo que algo de dinero también, todos reíamos, nos contábamos cosas divertidas y después se convertían en reuniones en donde se le informaba cosas, orientaba cosas que teníamos que hacer, llevábamos y traímos documentos.

Un domingo que iríamos a otra ciudad a verlo, a la hora de subir al carro me preguntaron si ya había ido a misa y al responderles que no, mis padres dicen que no puedo ir donde Martín, que tengo que ir a misa primero, porque la situación entre Dios y mi hermano era igual en relación conmigo en ese momento. Dios me estaba pidiendo

que lo visitara una vez a la semana y yo lo estaba rechazando. Lloré desconsoladamente y no me llevaron, por supuesto que tampoco fui a misa ni compartí jamás que Dios fuera tan injusto de no permitirme ese espacio de tiempo con alguien a quien yo amaba tanto y que se podía morir cualquier día. No recuerdo ninguna conversación en la que se hablara de forma explícita sobre la posibilidad de su muerte o lo que haríamos si eso sucediera o cómo nos sentiríamos en esa situación, pero no dudo en que todos lo pensábamos y no sé cuántas veces mis padres lo habrán llorado en silencio.

Tenía nueve años cuando me mandaron a encontrarme con Martín a solas por la noche, en la misma ciudad en donde vivíamos, en una esquina detrás de una iglesia cercana a nuestra casa. Iba conmigo mi inseparable María José. No tenía ni idea de cómo sería el encuentro porque entendí que mi misión era entregarle una carta que iba preparada como se acostumbraba en la clandestinidad, haciendo la letra chiquita y doblando el papel en paquetito pequeñito que se envolvía después en masking tape, se suponía que iban preparados así porque si te capturaba La Guardia o en cualquier emergencia se tenían que tragar. Estaba muy tensa y pensaba que únicamente tendría que darle el papel y ya. Entonces lo vi comprando en una pulpería, entré y pasé a la par de él, le tiré el papellito hacia arriba supuestamente para que lo tomara y pasó de paso y el papel cayó al suelo. Lo recogí y volví a hacer lo mismo en sentido contrario y él seguía sin tomarlo hasta que me detiene y me pregunta que qué me pasa, que por qué no me detengo, que tenemos que hablar; toma el paquetito y empieza a darme cosas y darme instrucciones y yo salgo corriendo y él detrás de mí diciendo que me espere que no ha terminado, riéndose.

No sé si al final terminó de decir todo lo que quería pero salí disparada, mi corazón palpitaba aceleradamente y se quedó María José recibiendo las instrucciones que faltaban. No concebía estar en plena calle a unas cuantas cuadras de nuestra casa encontrándonos sin que eso fuera muy riesgoso. Alguna vez le pasó a mis hermanos pequeños que lo encontraban en la calle, lo veían desde lejos y pasaban a la par de él sin decirle nada aunque lo reconocieran porque sabían que si lo saludaban lo perjudicaban.

La mejor época con Martín la viví cuando la familia de María José se trasladó a un pueblo costero cercano para vivir en una casa frente a la playa que pertenecía a una pariente que no estaba en el país. No sé si a todos les pasa, pero el mar ha sido siempre mi punto de convergencia con el universo, lo disfruto tanto así que en los momentos en que mi vida anda necesitando treguas, empiezo a soñar recurrentemente que estoy corriendo sobre la arena o bañándome en aguas tranquilas, tibias o turbulentas y me despierto mejor.

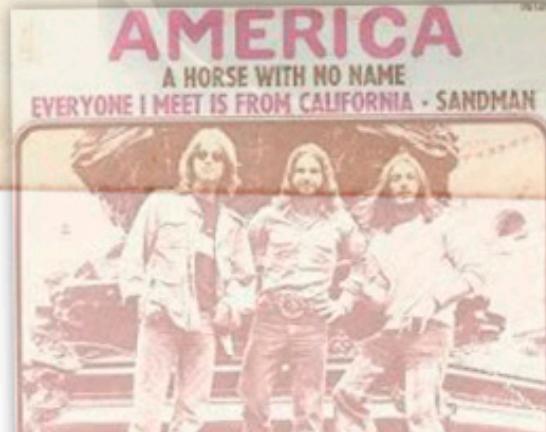
Para entonces, María José y yo nos sentíamos unas divas, tomábamos el sol sin control y permanecíamos en el agua desde que abrimos los ojos hasta que oscurecía. Como si fuera poco, cuando no teníamos crema bronceadora nos untábamos espuma de Coca-Cola que no sé quién nos dijo servía para quedar con un color lindo. De manera que tener la oportunidad de estar en el mar con Martín y con una de mis mejores amigas, era mi mundo perfecto.

Martín llegaba a esconderse allí porque trabajaba en el pueblo haciendo procesos de organización de la gente. Pasaba todo el día en la casa y salía al oscurecer a las reuniones. Durante el día hacía ejercicio, conversaba mucho con los hermanos de María José, jugábamos beisbol y me chantajeaba todo el tiempo para quitarme cualquier

cosa rica que yo estuviese comiendo, diciéndome que pobrecito su hermanito que se podía morir y yo de egoísta no compartía. Por supuesto que siempre terminaba dándole cualquier cosa, porque no podía soportar tal argumento. Imagino que hacía todo con la misma naturalidad con que actúa cualquier chavalo de veintiún o veintidós años, que era la edad que entonces tenía, tratando de vivir los ratitos de normalidad que las circunstancias le permitían.

XIX

¿QUÉ TIENE
LA MÚSICA?



CUANDO METIDAS EN EL AGUA DE LA PILETA DE CEMENTO QUE HABÍA EN EL CENTRO DEL PATIO DE MI CASA, PRÁCTICABAMOS CANTANDO A GRITO PARTIDO CANCIONES QUE NOS COMOVIAN.

ANTONIO VIVALDI



Capítulo XIX ¿QUÉ TIENE LA MÚSICA?

Igual que los olores y los sabores, la música tiene la particularidad de trasladarme enterita a sensaciones y momentos específicos o épocas de la vida. Cuando mi papa ponía casi todos los días sus discos de música clásica, aunque no me molestaba, no sentía entonces que me inspiraran sensaciones especiales, ni me gustaban particularmente. Todavía no es mi música favorita, pero cada vez que escucho algunos arreglos, como "La Primavera" de Vivaldi o "El Cascanueces" de

Tchaikovsky, no puedo evitar sentir toda la energía armónica que se respiraba en mi casa cuando sonaban esas piezas y me dan ganas de salir corriendo a pegar brincos en calzón o a montarme en mi velocípedo de nuevo y salir disparada manejando por todos los corredores. Era instintivo y casualmente podía salir en calzón por toda la casa brincando cuando estaba lista para el baño y sonaba la música, sin el más mínimo pudor, de manera que mi mama solía llamarme "Remedios la Bella", el personaje de Cien Años de Soledad. La relación de la música y esas acciones las descubrí después, cuando se me

repetía el ciclo al escucharlas, como un reflejo condicionado, aunque no he llegado a quitarme la ropa de nuevo. A lo mejor si llego a viejita, liberada ya de las inhibiciones mentales, lo volveré a hacer.

Pero eran más inspiradoras para mí, las sesiones de prácticas de coreografías de baile con las canciones de los Jackson Five con mis amigas y todavía mejores las sesiones de canto que tenía con María José, cuando metidas en el agua de la pileta de cemento que había en el centro del patio de mi casa, practicábamos cantando a grito partido canciones que nos conmovían, como el Himno de la Alegría, interpretada creo por un español llamado Miguel Ríos y la canción “Padre e hijo” de Cat Steven. Cantábamos según nosotras, en inglés, pronunciado tal cual lo interpretábamos, aunque teníamos un disco en el que salía la letra. Nos gustaba tanto y nos sonaba tan dulce esta última canción, que buscamos quién nos tradujera la letra y quedamos prendidas para siempre de ella: “It's not time to make a change/ Just relax, take it easy/ You're still young that's your fault/ There's so much you have to know”.

Como parte de nuestras inspiraciones musicales, nos hicimos seguidoras de un grupo de rock estudiantil formado por chavalos del colegio de varones en donde estudiaban la mayoría de nuestros conocidos. Tremendo susto nos llevamos una noche mientras íbamos para una velada en su colegio, en la cual iban a cantar. Habíamos logrado que un hermano de María José nos llevara en la camioneta de tina de su papá. La camioneta solo tenía una cabina en la que cabíamos tres personas y siempre discutíamos decidiendo a quién le tocaba la ventana porque no nos gustaba ir en el centro. Ese día la premiada fui yo, con la mala suerte de que en una curva, en las

afueras de la ciudad en donde quedaba el colegio, la puerta se abrió y salí rodando por la carretera. Mientras todo estaba sucediendo tenía la sensación de que el accidente le estaba pasando a otra persona y quedé toda herida pero sin fracturas. No sabía si me angustiaba más el dolor de los golpes o la cara que pondrían mis padres al verme entrar a mi casa bañada de sangre. Hasta allí llegó la hazaña de “Caballo sin nombre”, la interpretación estrella que los artistas debutarían ese día.

XX

BARAJANDO RECUERDOS
ME ENCONTRÉ CON EL TUYO.
NO DOLÍA.
LO SAQUÉ DE SU ESTUCHE,
SACUDÍ SUS RAÍCES
EN EL VIENTO,
LO PUSE A CONTRALUZ:
ERA UN CRISTAL PULIDO
REFLEJANDO PEZES DE CO-
ORES,
UNA FLOR SIN ESPINAS
QUE NO ARDÍA..."

CLARIBEL ALEGRIA.



Capítulo XX UNA MISIÓN

*"Barajando recuerdos
me encontré con el tuyo.
No dolía.
Lo saqué de su estuche,
sacudí sus raíces
en el viento,
lo puse a contraluz:
Era un cristal pulido
reflejando peces de colores,
una flor sin espinas
que no ardía..."*

Claribel Alegría

En todos esos años, iba con mi mamá a las misiones que le correspondía cumplir por mandato del Frente, que era representado cada cierto tiempo por “contactos” o personas diferentes. En una ocasión la acompañé a realizar una inspección de avanzada en un carretera hasta un camino de tierra que conducía a una casa de playa oculta en la que habría una reunión con alguien que después supe era el jefe de la tendencia a la que pertenecía Martín y uno de los miembros de la dirección nacional del FSLN. Lo que nos correspondía hacer, era viajar hasta el lugar para asegurarnos de que no había guardias, ni movimientos que arriesgaran a las personas que llegaban y luego

nos regresábamos hasta un punto en que ellos esperaban en otro auto para avisarles que todo estaba bien.

El otro auto era conducido por una muchacha, hija de una amiga de mi mamá que estaba colaborando con el Frente sin que su familia lo supiera. Por supuesto que mi curiosidad no tendría control y no dejaría de hacer el intento de ver quiénes eran los que viajaban pero llevaban las cabezas envueltas en unas toallas para que no pudieramos verlos. Cuando íbamos guiando el camino a la casa se le ponchó una llanta a su carro en el lodo, tuvieron que pasar bastante tiempo envueltos en la toalla y no recuerdo que hubiesen ayudado a cambiar el neumático. Los llevamos al lugar y nos fuimos.

En esa misma casa que estaba a la orilla de un estero, después de algún tiempo sin ver a mi hermano, pasamos un fin de semana de vacaciones en su compañía, un espacio privilegiado que no era sencillo de obtener. Martín y yo no recuerdo que tuviésemos muchos diálogos, él hablaba, me preguntaba cosas y yo lo escuchaba o respondía brevemente a sus preguntas. Mientras estaba con él, sentía una felicidad triste, difícil de describir, solo sabía que era un tiempo que no quería que acabara nunca.

En uno de esos diálogos-monólogos estábamos ese fin de semana, bañándonos solos en el agua mansa del estero mientras sonaba en la radio la canción de Nino Bravo, “al partir un beso y una flor/ un te quiero una caricia y un adiós / es ligero equipaje para tan largo viaje/ las penas pesan en el corazón / más allá del mar habrá un lugar/ donde el sol cada mañana brille más / forjarán mi destino las piedras del camino / lo que nos es querido siempre queda atrás / buscaré un lugar para ti / donde el cielo se une con el mar / lejos de aquí...”



XXI

MI AMIGA LA GRANDE Y MIS SANDALIAS DE PLATAFORMA

J COMETE LA CARNE QUE
PRONTO TE BAJA LA REGLA
Y NO VAS A CRECER MAS!
ESA FUE LA CANTALETA DE
MI MADRE DESDE QUE TENIA
NUEVE Y ASI FUE.



Capítulo XXI

MI AMIGA LA GRANDE Y MIS SANDALIAS DE PLATAFORMA

En esa época me acerqué a quien desde hace muchos años es una de mis mejores amigas, Pilar. Ella pertenecía a un movimiento juvenil cristiano y colaboraba como correo del Frente, es seis años mayor que yo. En ocasiones la buscaba en su casa para entregarle documentos, otras veces nos veíamos en la calle, también llegaba a ayudarle a vender cosas en fiestas y kermesses que organizaban en el auditorio de la iglesia para recoger fondos para ayudar a niños de escuelas pobres en donde hacían la catequesis.

En una de esas actividades que se organizaban en la casa cural de la iglesia, presentaron la obra de teatro de Pablo Antonio Cuadra, “Por los caminos van los campesinos”, me impresionó mucho ver drama-

tizado lo que hasta entonces solo había escuchado que la gente vivía en el campo, la represión, el desalojo de sus tierras y el abuso sexual.

La relación entre ambas era rara para su madre, quien no entendía qué podía conversar su hija de quince años con una niña. Sumando a la diferencia de edad la diferencia de tamaño porque ella era grandota -linda por cierto- y yo minúscula, el cuadro se hacía más extraño aun. Otro espacio en el que coincidimos fueron algunas fiestas de quince años de sus amigas; a estas fiestas yo conseguía asistir invitada por María José, que las conocía de cerca porque las cumpleañeras a su vez eran amigas de sus hermanos mayores.

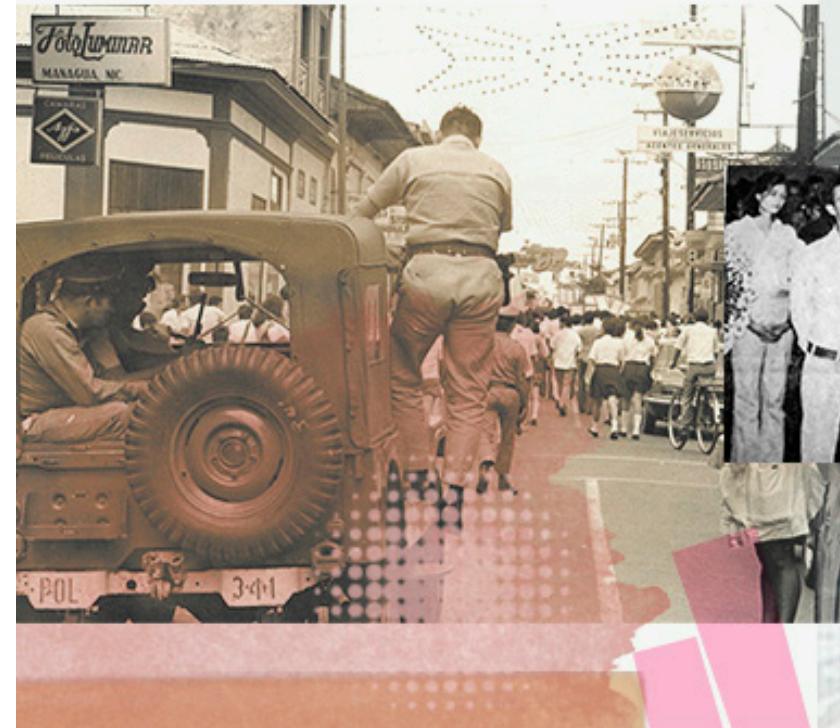
En esa época había fiestas de quince años de todos los estilos, desde las clásicas principescas hasta las “medio hippie” como la de mi hermana Lola, a la que todas sus amigas llegaron vestidas de cotonas hindú y jeans. Excluyendo las celebraciones principescas, estaban de moda los vestidos kimonos de colores pasteles con cinturones anchos y las faldas campesinas voladas, de manta hindú. Mi mamá me hizo mis respectivo kimono y falda con blusa campesina para las fiestas y me encargó en el taller del señor Openheimer de Masaya, en donde fabricaban los zapatos que vendía en la tienda, unas sandalias de plataforma diseñadas por mí, con la plataforma más baja de lo que yo hubiese deseado pero con el tacón suficiente como para sentirme fenomenal.

¡Comete la carne que pronto te baja la regla y no vas a crecer más! Esa fue la cantaleta de mi madre desde que tenía nueve y así fue. Unos días antes de mi cumpleaños número diez, después de regresar de jugar a saltar la cuerda en la calle, vi una mancha oscura en el calzón. Me lo quité y salí corriendo con él en la mano a buscar a

mi papá. Él me dijo de forma muy simple y sin aspaviento: “ya te vino la regla, buscá un Kotex de Lola para que te lo pongás”. Aunque en teoría lo sabía, no tenía realmente idea de qué significarían los efectos de la regla.

Mi cuerpo seguía siendo el de una niña hasta los once en que me transformé. Cuando llegó mi madre a la casa, me buscó, haciendo un escándalo emocionada para abrazarme y hacerme una especie de discurso de iniciación de mujer. En mi aula de clases no era la única a la que le pasó lo mismo, así que tampoco estaba sola en el universo y a María José hacía unos meses que también le había llegado. Los niños me siguieron gustando durante muchos años más, con la misma ingenuidad con que me habían gustado siempre.

El hermano de Pilar hace bromas sobre mi edad, dice que me quito los años y que mi primer baile de “bolero”, -como se le llamaba a bailar “pegado- fue en una de esas fiestas de quince años, con “Mis Ojos te adoran” o “El Tren de media noche a Georgia”, canciones de moda en el setenta y seis. Es cierto que fue con esta última canción que bailé mi primer bolero, pero un par de años después, cuando tenía doce en un cumpleaños de mis compañeras del colegio y con un niño de mi edad que me gustaba mucho. Entre los grandes siempre fui tratada y querida como niña. Pilar tenía una hermana que había estudiado en mi colegio, se incorporó a la guerrilla y La Guardia la mató.



¿ QUIÉN PODRÁ HABER SIDO
EL QUE LO MATÓ? SIN
PENSARLO DIJE QUE
SOMOZA.



XXII

M A T A R O N
A P E D R O J O A Q U Í N

Capítulo XXII **MATARON A PEDRO JOAQUÍN**

Por suerte desde el año setenta y seis, la madre Martha volvió a ser la directora de primaria del colegio, pero al año siguiente, su encanto por mí se fue frustrando. Yo había decidido dejar de ser nerda. Lo cual fue muy relativo. Y a los once años, me negué a representar al colegio en el concurso de sexto grado para mejor alumno. Me dijo entonces un discurso, furiosa. Sabía que estaba enojada porque se ponía roja como tomate. “Eres una cobarde, la única razón por la que no asistes es por miedo al reto que te ubicaba entre iguales”. Yo le respondí que dijera lo que quisiera pero que no iba.

La madre Martha tenía razón, no fui por miedo al reto, ese mismo miedo que de pronto empezó a invadirme haciéndome distinta a la

de antes por varios años, pero también sentí apatía por las cosas que me hicieron destacar entre las demás y sentí apatía por los espacios llenos de personas en que se respiraba normalidad como que no pasaba nada malo en el entorno. Dejé de pintar, dejé de tocar guitarra y dejé de hacer todo lo que implicaba satisfacer expectativas de otros, de esos otros que estaban a mi alrededor inmediato y en el medio en el que me desenvolví hasta entonces. En esa época empecé a sentirme incómoda con la tranquilidad aparente y me separé espontáneamente para siempre de los estereotipos del que fue mi ambiente, porque entonces los sentí superficiales y cómodos.

Cuando mataron a Pedro Joaquín Chamorro, el diez de enero del setenta y ocho, estaba en la playa en el cumpleaños número doce de una amiga, todo el mundo escuchaba la noticia por la radio y alguien de entre nosotras preguntó con real asombro y con cara de vivir en la estratosfera, ¿quién podrá haber sido el que lo mató? Sin pensarlo dije que Somoza. Al unísono se voltearon hacia mí, con indignación y alguien me increpó preguntando por qué afirmaba eso. Eso me hizo sentirme ajena al mundo de los que ignoraban lo que sucedía a su alrededor, después de vivir tantos eventos serios que me involucraban. Mis mundos paralelos empezaron a tomar direcciones opuestas y me quedé en uno de ellos.

Pasaron cosas especiales en ese año setenta y ocho. Después de la muerte de Pedro Joaquín, además de los estudiantes y las organizaciones que eran promovidas por el FSLN, otros sectores sociales empezaron a manifestar su oposición a Somoza y la empresa privada hizo un paro empresarial que le llamaron “hasta que se vaya Somoza” que al final no logró causar mayor impacto social, ni del gobierno de Estados Unidos.

Las manifestaciones estudiantiles en las calles se fueron haciendo más frecuentes demandando que cesara la represión de La Guardia y la libertad de muchos presos políticos que había en ese momento, en una de tantas La Guardia rodeó la manifestación en la cuadra de mi casa y empezaron a lanzar bombas lacrimógenas. Mi mama abrió la puerta para que se escondieran en la casa todos los que alcanzaran antes de que llegara La Guardia. Fueron saliendo de uno en uno disimulando que eran compradores de la tienda o pacientes del consultorio de mi papá.

Cuando estaba en primer año de secundaria, a mis doce años, las monjas de mi colegio, evitaban por todos los medios que nos involucráramos en las manifestaciones. Para persuadirnos, invitaron al colegio a brindar una conferencia a un señor -que después fue ministro de un gobierno de los años noventa- para contarnos un testimonio personal muy extraño. Nos reunieron a todas en el auditorio y él con cara compungida nos narraba cómo después de haber sido un marxista leninista, hippie y drogadicto había vuelto los ojos hacia Dios y había cambiado su vida por el amor. Que el día que a Somoza le había dado un infarto, un par de años antes, él venía conduciendo su automóvil, vio en ese mismo momento reflejado el rostro de Somoza lleno de dolor en el vidrio de su auto lo cual le produjo mucha pena por Somoza. De pronto había sentido que había despejado de su alma cualquier odio que sentía hacia él porque lo vio como lo que realmente era, un ser humano digno de lástima que no merecía nuestro odio.

En esas estaba el señor contando su triste y compasiva historia cuando llegaron a avisar a las monjas la noticia de que un comando del FSLN se había tomado el Palacio Nacional en donde funcionaba el

congreso de la República y tenía de rehenes a todos los diputados pidiendo a cambio la liberación de todos los reos políticos. De pronto todos los rostros tomaron gestos expresivos extremos, asombro, susto y creo que muy pocas de alegría como la mía. Hasta allí llegó la charla y la verdad es que la mayoría de las estudiantes de mi colegio nunca asistirían a una manifestación, así que el propósito de las monjas creo que era innecesario. Los dos días que tardaron las negociaciones del comando guerrillero que estaba en el Palacio con Somoza fueron eternos para mí, me parecía mentira que estuviese pasando y moría de curiosidad por saber si había alguien a quien yo conocía entre ellos. Parte de mis pensamientos cotidianos estaban siempre unidos a imaginar en dónde estaría cada uno de los que yo conocía.

En esos meses también llegaron a mi ciudad el grupo denominado “Los Doce”, era un grupo de personas con reconocido prestigio personal, empresarios e intelectuales, opositores a Somoza, que había sido organizado por el FSLN como una posible alternativa de quienes serían los integrantes del próximo gobierno cuando se derrocara a Somoza y para proyectar una imagen política menos radical. Entre ellos estaba Sergio Ramírez y el padre Fernando Cardenal. Se había organizado una manifestación en el pueblo para recibirlos y caminar con ellos en las calles. Yo los esperé desde mi casa porque casualmente después de la marcha irían allá a una reunión con personas que no recuerdo.

A mí no me dejaban participar en las marchas y solo podía verlas cuando estaban cerca de mi casa, lo cual era frecuente. El mecanismo que mi mamá utilizaba para persuadirme de las tentaciones cuando no me podía llevar a alguna actividad por los riesgos y yo

quería acompañarla, era haciéndome sentir imprescindible. Me decía que yo era su brazo derecho para muchas cosas en nuestra vida y que el trabajo en el que yo la apoyaba para botar a Somoza era importante, que no valía la pena que arriesgara mi seguridad innecesariamente. Me lo creía al pie de la letra y solo esperaba ansiosa las noticias de lo que sucedía.

EMPEZÓ LA GUERRA



XXIII

“...ESTE PAÍS SABE QUE NO QUIERO VER SU VIENTRE ADOLORIDO, SUS VÍSCERAS LACERADAS, LAS CICATRICES DE MÚLTIPLES HERIDAS LA HUELLA DE PUNZANTES DARDOS, DE PUÑALES ENTERRADOS ...”

G. BELLÍ.

Capítulo XXIII EMPEZÓ LA GUERRA

“...Este país sabe que no quiero ver su vientre adolorido, sus vísceras laceradas, las cicatrices de múltiples heridas la huella de punzantes dardos, de puñales enterrados...”

G. Bellí.

Llegó la primera insurrección popular el nueve de septiembre del setenta y ocho. En mi casa ya estábamos advertidos y teníamos comida y agua suficiente de reserva. Me llené de mucha excitación ante esos eventos radicales que podían resultar en algo muy bueno o en situaciones muy difíciles si no se lograba derrotar a La Guardia. Empezaron a brotar de la nada los guerrilleros con sus caras cubiertas con pañuelos, algunos eran guerrilleros de verdad desde hacía muchos años como mi hermano Martín y otros eran de los barrios que se integraron espontáneamente en esos días, muchos del vecindario a quienes estaba acostumbrada a ver y por lo tanto fáciles de identificar aunque anduvieran la cara tapada.

Construyeron en cada esquina barricadas con adoquines, barriles o sacos de arena para parapetarse en ellas como trincheras y enfrentar a La Guardia. Fue una semana intensa, con expectativas, miedos y esperanza; mi hermano y sus amigos visitaban la casa por las noches durante esos días después de muchos años sin llegar, solo con eso para mí ya era suficiente emoción.

En algún momento no entendía bien las razones de por qué no se pudo avanzar más para acabar con La Guardia, pero era tan simple, como que no tenían los recursos y entrenamiento suficiente. Despues de los primeros tres días de luna de miel guerrillera con la ciudad tomada por la guerrilla, con La Guardia concentrada en el comando que quedaba en el centro de la ciudad, frente al parque municipal, se escuchaban de lejos algunos tiroteos y empezaron los bombardeos aéreos. Eso sí que era terrible para mí, nunca había sentido tanto miedo como cuando escuchaba el motor de los aviones seguidos de las explosiones de las bombas a nuestro alrededor.

Habíamos preparado como supuestos “refugios” contra los bombardeos, la gigante mesa del comedor a la que se habían subido varios colchones encima y también el baño de mis padres porque tenía techo de cemento, este último era para tener a mi abuelita sentada sobre el inodoro y mi mamá y yo nos quedábamos a su orilla contra la pared. No hubiesen servido de nada los refugios ante una bomba y el resultado sería la casa destruida junto con todos nosotros para no seguir contando cuentos chinos. Los refugios estaban improvisados pensando al inicio en protección contra balas porque los aviones los primeros días solo estaban ametrallando y ya se había hecho rutina esperar que volaran una hora, se les acabara probablemente el combustible y se alejara el ruido del motor para salir del refugio e ir a abrir la puerta de la casa para recibir las noticias de los resultados

del bombardeo. Después empezaron a lanzar bombas incendiarias y explosivas. Nadie sabía de lo que serían capaces, todo lo que pasaba era como un sueño, como estar viviendo una película de suspenso de larga duración.

El último día de la insurrección, los bombardeos iniciaron desde temprano y en la misma rutina del refugio fuimos interrumpidos por golpes desesperados en la puerta de nuestra casa para avisarnos que la manzana frente a la nuestra se estaba incendiando. Tomando en cuenta que no había bomberos disponibles en esas circunstancias, todo el vecindario empezó a salir de sus casas con mangueras, baldes y panas, abrieron los hidrantes de agua y en una cadena humana se iba tirando toda el agua que se podía para evitar la propagación del fuego que ya llevaba varias casas arrasadas. Mis hermanitos y yo veíamos desde la puerta de nuestra casa, hasta que el fuego se hizo incontrolable y mis padres decidieron que saliéramos a buscar refugio donde unos amigos que vivían muy cerca en donde no había aún peligro por el incendio y porque los bombardeos continuaban.

Mi padre me llevaba tomada de la mano y yo tomando a mis dos hermanos menores, de pronto teníamos a Martín a la par nuestra diciendo que tenía que irse de la ciudad, junto con todos los demás. Mientras eso sucedía mi madre se había quedado empacando cosas y escuchamos una explosión nueva, había caído una bomba en nuestra casa, mi papi nos instaba a caminar rápido sin voltear hacia atrás y nos dejó en donde consideró más seguro, donde sus amigos. Martín se fue con sus compañeros sin saber qué había sucedido con nuestra madre, solo viendo la nube de humo que salía por el zaguán.

Sentada en el suelo de la casa a la que llegamos, abrazando a Ernesto y Esther, sin llorar, sin temblar, solo con la adrenalina al cien otra

vez más esperando lo que sucedería y tratando de hacerlos sentir seguros mientras los bombardeos de los aviones seguían. No sé si ellos recuerdan el momento y cómo lo recuerdan. A mi mamá la había herido levemente un charnel de la bomba, la cual no hizo explosión, pero pasó algún tiempo hasta que supiéramos cómo estaba y Martín se fue sin saber qué había sucedido con ella. Al día siguiente vimos que el incendio se había apagado sólo, entre las paredes de concreto de algunas construcciones vecinas y nuestra casa no se había quemado.

Después de que los guerrilleros se retiraron entraron las tropas de La Guardia registrando casa por casa y se llevaban a todo el que tuviera edad para ser guerrillero. Llegaron a donde estábamos refugiados y la preocupación era muy grande porque entre nosotros estaba mi hermano Edgar y otro amigo suyo. No les sucedió nada porque los guardias llegaron acompañados de un coronel retirado de La Guardia, que era amigo muy querido de mi padre, el cual estaba al mando de las tropas terrestres y su “visita” era para saber si estábamos bien. Una relación extraña si no se entiende el contexto de la amistad que existía entre ellos desde muchos años antes. Probablemente, de tener de frente él a Martín, no lo hubiese perdonado, a esas alturas con seguridad sabía que era guerrillero y lo hubiera matado. Supongo que Martín hubiese hecho lo mismo. Al final el coronel murió en julio del setenta y nueve comandando las tropas de La Guardia que iban en retirada y mi padre fue después a reconocer su cadáver y enterrarlo o incinerarlo, no recuerdo bien.

Durante varios días después de la insurrección de septiembre del setenta y ocho, solo se oía el ruido de los balazos, el olor de los ca-

dáveres de desconocidos quemados por todas partes a los que veía levantando sus brazos por la contracción de los tendones cuando los estaban quemando y los jeeps de La Guardia recorriendo las calles. Regresamos a nuestra casa un par de semanas después y pasé mucho tiempo sin poder dormir bien por las noches. Fue la primera vez en la vida que vi a mi mama llorar desconsoladamente imaginándose a Martín muerto. Preguntaron por él muy discretamente a los bomberos brindando la descripción de sus señas personales más visibles. Hasta una semana después avisó que estaba bien y que necesitaba que lo sacaran hacia Managua para esconderse en un lugar más seguro. Hicimos entonces un viaje en el que manejaba Edgar, lo buscamos en otro pueblo y lo llevamos a una casa de seguridad en Managua en donde permaneció un tiempo hasta salir del país y regresó hasta la insurrección final.

Mis padres lo visitaron fuera varios meses después. Me enteré por una carta que mi papá me escribió haciéndome una crónica detallada en el que parecía ser el viaje de turismo más feliz de sus vidas. Esa carta no la recordaba y la encontró mi mama en un libro hace pocos años, ha sido maravilloso encontrarme con él de nuevo a través de su lectura.



Capítulo XXIV

MADURADA CON CARBURO

Desde una ventana del avión veía la pista que me parecía infinita, vestida como se visten los que no tenemos ropa de invierno, juntando las piezas que van saliendo de los closets de la familia y de las amistades, con un pantalón de corduroy verde y una camisa cuello

de tortuga salmón. De los zapatos no me acuerdo, solo me acuerdo sentir un gran nudo en la garganta que sabía que no podía dejar salir, lo debía controlar ese día y otros tantos más que vendrían porque tendría que ser fuerte, no tenía alternativa. Entendía que enviarme fuera del país era lo mejor que podían hacer por mí en ese momento en que tenían tantos problemas por mantenerse a salvo y resolver sus problemas económicos.

No salió ni una lágrima por mis ojos y puse a funcionar el estado de alerta que me disparaba la adrenalina al millón para resolver cualquier cosa que se presentara, todo bajo control, analicé el entorno,

suspiré y empecé a cantar en mi mente durante horas para sentirme acompañada con la paz de mi propia música. Allí iba a hacer las del camaleón, colorearme de los colores más ocres del ambiente, para vivir lo que viven los niños y las niñas separadas de sus familias a esa edad, con mi cuerpo de adolescente, el tamaño de una enana, la madurez de aguacate envuelto en periódico, que hacía salir de mi boca palabras de adulta con mi alma de niña.

Llegué a los Estados Unidos, vulnerable, desorientada y enojada. Solo sabía que quería regresar, no importaba lo que me pasara. Pero no regresé y seguí aparentando que me las sabía todas y que era fuerte, aunque lloré durante meses por las noches, calladita, pegada contra la pared de la cama en que dormía y me levantaba cada vez por las mañanas, algunos días más cínica, más enojada, más vulnerable y otros con ganas de pasar el día debajo de la cama.

Empecé a ir al colegio y me sentaba todos los días en el mismo lugar sin hablar con nadie, me quedaba en el aula a la hora del almuerzo sin salir a las áreas abiertas en donde todos comían y jugaban. Lo hacía porque el frío me descompensaba y porque no quería socializar. Así evitaba también que se notara, delante de todos los alumnos del colegio que estaba sola. En mi aula había una hija de latinos que hablaba español, pero parecía que le daba vergüenza hacerlo. Así no quedaba en evidencia lo que a ella no le agradaba de sí misma.

Allí iba todos los días. A tomar el autobús temblando de frío, Me atrevía a hacer exámenes y me sorprendía que salía bien. Todo en silencio, calladita. Una rutina que seguí por días, hasta que una compañera agradable, se empezó a sentar en el asiento delantero y me dijo: "Ya sé que no quieras conversar y sé que entiendes lo que te digo. Yo voy a hablar con vos todos los días aunque

no me contestes." Y así lo hizo. Me hacía reír su simpatía y le agradecí su afán de hacerme sentir acompañada. Poco a poco cedí en mi aislamiento en el colegio y me hicieron miembro de un grupo. Al menos estaba sentada entre ellos y me trataban bien, aunque yo seguía muda, ajena, lejana, con la corriente de pensamientos y preocupaciones en mi cabeza que no me permitían ser una de ellos y no me permitían sentirme bien, mucho menos sentirme feliz.

Al ambiente en la calle me adapté con facilidad. No es difícil adaptarse a lugares más organizados y bonitos que las ciudades del país al que perteneces. Disfruté especialmente de Washington D.C., sus calles llenas de gente en aquella época, los edificios con arquitectura europea y la alfombra de tulipanes que brotaban en la primavera a la orilla del Potomac. Sigue siendo una de las ciudades que más me gustan.

No todas las personas fueron simpáticas, ni comprensivas. No todas las personas entendieron que era una niña a la que la vida la obligó a aparentar que era una adulta, ni me protegieron. Fue una época en que escribí cartas y cartas de todos los tipos y tamaños para cada miembro de la familia, para cada amiga y amigos, intentaba a través del papel, estar cerca de las personas queridas y que me querían; a algunos me atreví a contarles lo que sentía y lo que estaba viviendo pero no se lo tomaron muy en serio, supongo que nadie estaba para atender sufrimientos de una niña con tantos problemas que habían en época de guerra. Me enfermé mucho, me dolía la garganta, me dolían los oídos, me dolía la cabeza, me dolía la panza y era real que me dolía cada semana una cosa diferente. A veces lo decía, pero en la mayoría de las ocasiones no.

He conocido a muchos que cuando niños fueron enviados también

fueras del país, solos, a casas de familias o amigos. Unos tuvieron mejor suerte, otros peor que la mía, pero a la mayoría nos une la alta dosis de carburo que le agregaron con ello a nuestro proceso de maduración. Las principales sensaciones que tenía eran de soledad y vulnerabilidad, sentía que allí a nadie le importaba realmente. Pensaba que solo importamos a nuestros padres, si no estás cerca de ellos, no estás protegida. Eso creía entonces, no sabía que había niños a los que sus padres tampoco los protegían. Nadie nos notificó oficialmente que a partir de la salida de nuestras casas, habíamos dejado de ser niños. ¡Cómo no sería para mí el diecinueve de julio el día más feliz de mi vida!

EL TRIUNFO



XXV

¡QUÉ FRUSTRACIÓN
NO PODER SALIR
CORRIENDO A ABRAZAR
A MIS PADRES Y NO
ESTAR ALLÍ, JUSTO
EN EL
MOMENTO
TAN
ESPERADO
DURANTE
AÑOS!



Capítulo XXV EL TRIUNFO

Diez meses me parecieron una eternidad en ese lugar remoto en el que me encontraba y que representaba todo lo contrario de lo que pensaba y quería para mí a pesar de sus bonitas ciudades, su limpieza y el exceso de cosas en las tiendas. ¡Entonces sucedió lo mágico! Me sentí flotando al escuchar en la radio Habana, la narración de un periodista entusiasmado que contaba la noticia de la salida de Somoza del país y el inminente triunfo de los guerrilleros. ¡Qué frustración no poder salir corriendo a abrazar a mis padres y no estar allí, justo en el momento tan esperado durante años! El momento ese que había imaginado tantas veces y que había utilizado como pensamiento recurrente para conciliar el sueño, como cuando uno

se pone a volar pensando qué haría si se sacara la lotería. Y yo no estaba allí, en donde soñaba que iba a estar cuando pasara. En esos días no tenía noticias del estado de mi familia, así que la ansiedad era aún mayor.

Al regresar al país un mes después del triunfo de la Revolución, mi corazón latía fuertemente y las letras del nuevo nombre del aeropuerto me hicieron llorar, me sequé las lágrimas rápido antes de bajar del avión. Algunos de mis hermanos entraron hasta la pista a buscarme. Encontrarme con todos fue maravilloso, pero particularmente, ver a mi mami sonreír de nuevo y abrazarla fue lo mejor. Recorrer las calles contrastando lo feo que se veía Managua en comparación con las ciudades que había conocido, me causó tristeza, porque todo estaba aún peor de como lo había dejado por la destrucción de la guerra, pero esta vez mi tristeza tenía un tono distinto porque venía acompañada de esperanza.

Fue tanta mi alegría y la liberación del peso sobre mis hombros, que no estaba pensando en lo que todos pensaban en ese momento, empezar a organizarse y a hacer cosas nuevas de las que se necesitaban para reconstruir y construir una sociedad diferente. Yo sentía que por mi parte todo estaba terminando, que el camino había llegado a su fin y mi cuota estaba saldada, ¡Gracias a Dios no iba a verme obligada a cumplir el inminente destino que traía mi vida de ser una guerrillera!



Capítulo XXVI

EL SUEÑO, LA PREMONICIÓN Y LA REALIDAD

En un par de meses cuando estaba cargada de toda la energía que se respiraba en las calles, entendí que nada había sido suficiente y arranqué a mis trece años, otra fase en la que me tocaría demostrar con creces a cuento jefe me asignaban que no, que parecía, pero que no era lo que ellos pensaban. Yo sí tenía “trayectoria revolucionaria” y era capaz de liberarme de todos los vicios pequeño burgueses que se me achacaban por lavarme las manos antes de comer, oler rico, pintarme las uñas, usar aretes, vestir jeans Levis con blusas bonitas y escuchar el álbum de los Beatles que mi hermano Martín me había regalado con su primer salario de funcionario público del Estado revolucionario. Que mis amigas y yo no era que nos burláramos en

la reunión de estudio del discurso del comandante Ruiz, miembro de la Dirección Nacional, porque decía que la Revolución era una condición “sine qua non” para salir de la pobreza, nos reímos porque no entendíamos qué significaba y que mi mamá decía que a nuestra edad reírse hasta de ver pasar una mosca cuando estamos en grupo era normal. Así se quedó atrás la niña del relato y llegó la adolescente que se creía capaz de sostener al mundo sobre un dedo.

En marzo del ochenta, empezó la Cruzada Nacional de Alfabetización, después de un par de meses de recibir entrenamiento en las madrugadas antes de asistir a clases al colegio y de pasar un montón de trabajo para convencer a las mamás y papás de las alumnas de mi colegio que las dejaran participar. Me correspondió quedar alfabetizando en una hacienda en el campo, a una distancia de cuarenta kilómetros de mi ciudad, no muy lejos de mi casa pero si lo suficiente como para encontrarme un mundo que no tenía nada que ver con aquel al que estaba acostumbrada. Era la responsable de una escuadra de veinte adolescentes mujeres de trece y catorce años, de mi edad. Estábamos padeciendo la falta de nuestros inodoros, del agua helada de la refrigeradora, de la comida rica, pero con ganas de estar allí.

Nos habíamos repartido entre las comarcas cercanas y nos distribuimos a todas las personas que tendrían que aprender a leer y escribir. Individualmente atendíamos tres colectivos diferentes de alfabetizandos que recibían clases dos horas diarias en horarios escalonados, a las diez de la mañana, a las tres de la tarde y el último grupo empezábamos a atenderlo a las seis de la tarde. Terminábamos a las ocho de la noche, cada una daba clases seis horas durante el día. Mis compañeras se tomaban las cosas de manera diferente entre ellas, algunas muy formales, otras divertidas, otras relajadas. Para ningu-

na era fácil estar pasando dificultades. Peleábamos, jugábamos, trabajábamos, compartíamos, llorábamos, cantábamos, bailábamos y sobre todo nos hacíamos más cercanas.

Un día casi al final de la Cruzada, me sucedió algo muy extraño. Terminaba una larga jornada que había empezado a las cuatro de la mañana, levantando a mis compañeras de escuadra para iniciar la formación, hacer ejercicios y conversar sobre nuestras responsabilidades del día, arreglar nuestras camas, bañarnos, desayunar frijoles cocidos con tortilla y salir en caballos, a pie y en tractor cada una a iniciar lo que nos correspondía hacer ese día. Ordeñar vacas, “gradear” la tierra, recoger basura y jalar agua para ayudar a las señoras en sus ranchitos, hasta esperar la hora en que correspondía empezar a dar clases al primer grupo para enseñar a leer. Terminé mi día igual que siempre, muy cansada y con ganas de comerme un rico trozo de carne asada que solo en mi imaginación podía existir.

Me dormí profundamente mientras observaba a dos ratas que corrían sobre la viga del techo en mi cabeza y empecé a soñar. Soñé que me había casado con un hombre al que no veía el rostro, pero que tenerlo cerca me había sentir cosquillas en mi estómago, que subían y bajaban agradablemente. Teníamos varios hijos. No recuerdo cuántos, ni de qué sexo. De pronto eran niños, de pronto eran grandes. Y en uno de esos cambios de escenas sin lógica que se suscitan cuando soñamos, empecé a ver a esos muchachos correr y gritar, perseguidos, pateados y garroteados por unos enmascarados con botas de guardias, frente a unos hombres que de pronto eran guardias también. Mis hijos corrían y corrían desnudos y sangrando. En algunas casas abrían las puertas para que entraran pero mis hijos seguían corriendo. ¡Pooff! Me desperté sudada y sofocada. Vi alrededor y allí estaban mis amigas durmiendo tranquilas en el cuarto

de madera que compartíamos y la luna llena iluminando la noche se asomaba por la ventanita de madera. ¡Uffff! ¡Qué alivio, solo era un sueño! -Me dije a mi misma- tratando de calmar a mi corazón que palpitaba desorbitado.

Por un momento pensé que se había cumplido la premonición de mi padre, que tanto me había desagradado, cuando le decía insistente a Martín que regresara a terminar su carrera en la universidad porque la vida daba muchas vueltas y las cosas podían volver a estar mal en el país algún día y cuando ya no tuviera edad para ser guerrillero nuevamente necesitaría vivir de algo y para entonces solo le quedaría su título. ¡Qué locuras las de mi papa decir eso! ¡Nunca más en el país habrían de ser las cosas como antes! Y pensé con deseos de convencerme a mí misma, que no habría necesidad de volver a empezar y esos muchachos que serían mis hijos no pasarían por lo mismo que tantos habían pasado.

F I N

Ya estaba saliendo el sol. ¡Arriba todo el mundo, a levantarse! Llegué a mi grupo a dar clases a las diez de la mañana y Pedro, el niño de nueve años que todos los días me esperaba con sus enormes dientes visibles en su amplia sonrisa, me tenía una sorpresa que escondía entre sus manos debajo de su camiseta con el cuello estirado y llena de agujeros. Una hoja de su cuaderno doblada convertida en una carta escrita por él mismo que decía: "gracia profesora por enseñarme a leer soi felis y la quiero me llamo Pedro".

JULY 1979

JULY 19

R E L A T O S
D E
U N A
M U J E R
C O M Ú N

BÁRBARA ROIZ
NICARAGUA

W W W . R E L A T O S D E U N A M U J E R C O M U N . C O M